

# *Diaconía como Culto Divino*

Dr. Francisco Van der Hoff Boersma SCJ



Dr. Francisco Van der Hoff Boersma SCJ

# Diaconía como Culto Divino



Edición privada de la Unión de Comunidades Indígenas  
de la Región del Istmo.

Díaconía como Culto Divino

Edición privada de Unión de Comunidades Indígenas  
de la Región del Istmo, 2022, Dc. Ixtepec, Oax.

1ra. Edición Febrero 2022

Diseño Editorial y Portada: ????????

## *Indice*

Presentacion.....	7
Introducción.....	11
La historia de la diaconía.....	13
Diaconía es seguir a Jesús.....	21
Diaconía y espiritualidad.....	27
La diaconía con esperanza es una dimensión del Espíritu.....	29
El desarrollo de la diaconía cristiana.....	37
Diaconía como opción para y con los pobres.....	45
El pobre: de nuevo en la mirada en la Iglesia.....	55
Algunas Reflexiones Bíblicas sobre el uso y abuso de los Pobres.....	63
Critica Teológica-Pastoral a la Globalización Neoliberal.....	71
Opciones pastorales y líneas de acción.....	85
Conclusiones.....	89



## Presentacion

Desde octubre de 1980 estoy, con la gracia de Dios, trabajando en la diócesis de Tehuantepec. Fue Don Arturo, en paz descanse, que me recibió ser parte de esta diócesis. La ‘culpa’ tenía Don Sergio Méndez Arceo de Cuernavaca que me mando a esta diócesis por tener problemas de seguridad en México DF en tiempos de la guerra sucia.

Fue expulsado de Chile en 1973 donde trabaje un par de años, soy socio religioso de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús y formando parte de un grupo de sacerdotes que en 1972 tomamos la decisión de seguir como sacerdotes obreros para acercarnos mas vital con la vida de obreros de la industria y con los campesinos. Trabaje un tiempo en el Sur de Chile con los campesinos Mapuche, bajo la guía y supervisión de Paulo Freire (temporalmente refugiado en Chile) quien fue parte del equipo y después trabaje en una mina de cobre de Chuquicamata en el Norte de Chile. Después de la salida forzada de Chile a rais del golpe de General Pinochet, pudo, vía Perú, llegar a México, como refugiado, a invitación de Don Sergio Méndez Arceo que había conocido en un congreso (‘Cristianos para el Socialismo’!) en Chile. El me pidió de atender la multitud de refugiados del sur de America Latina que se habían refugiado en México. Formamos la ‘Casa de Chile’ como lugar de encuentro de ellos. Al mismo tiempo trabajaba un tiempo como obrero en una empresa automotriz (Spyser, de la Ford!). Por actividades en el sindicato fue expulsado de la

fabrica y logre de trabajar en una empresa nueva, un editorial (EILA, Editorial Independiente Latino Americano) siendo director del Centro de Estudios Ecumenicos. Al mismo tiempo atendí pastoral y socialmente dos asentamientos nuevos en el sur de México DF (Tlalpan, las comunidades Emiliano Zapata y Carmen Serdán), familias expulsada de otros lugares de México DF (por la construcción del Colegio Militar y edificios para la Olimpiada de 1968), una zona de mucha miseria.

Después dos atentados contra mi vida en la calle de la ciudad, Don Sergio, avisado por Reyes Heroles, secretario de Gobernación, me consejo de salir del DF e ir a Tehuantepec, ¡lo más lejos del DF!, donde había arreglado con Don Arturo mi incardinación. El Padre Obispo Arturo me pidió de apoyarle y su equipo pastoral para dar más atención a los problemas sociales de los pueblos del istmo. Me ubique en un pueblo que pertenece al municipio de Asunción Ixtaltepec, Barranca Colorada, donde pudo retomar el trabajo en el campo, sembrando maíz, chile, cacahuate y ordeñaba unas 10 vacas, haciendo queso y vendiendo leche en el pueblo. Entre tanto atendí pastoralmente los paisanos en su templo de 'Dios Padre'. El Padre Obispo me mando, -varias veces fuimos juntos-, a la sierra Chontal, donde había problemas y conflictos entre pueblos y hubo un proceso agudo de miseria. Después me pidió de apoyar un equipo misionero en la zona Zapoteca-Mixe en Santa María Guienagati. Alla aprendí cortar café, escuchar y platicar con los campesinos y descubrimos las causas de explotación aguda y rapas por parte de compradores y caciques en el comercio de su producto principal, el café. Los pueblos formaron en 1982 la Unión de Comunidades Indígenas (UCIRI), buscando formas de agricultura orgánica (1985) y una comercialización mas



## Diaconía como Culto Divino

justa de su producto que resulto en la formación del Mercado Justo en los años 1988, primero en Holanda y después en muchos países.

Aprendimos juntos del equipo misionero de religiosos, el equipo pastoral, las comunidades cristianas de base, que el servicio al hermano pobre es una expresión evangélica, llamada la diaconía de la Iglesia. Esta diaconía merece y exige organización. Basado en experiencias en diócesis de San Cristóbal de las Casas y El Quiche de Guatemala y en muchos otros lugares quiero hacer una reflexión sobre la importancia de la diaconía como culto divino, expresión evangélica de la vida cristiana, construyendo signos del reino que se celebran en la liturgia. El llamado del papa Francisco para organizar la diaconía, con apoyo del diaconado permanente, es también una llamada para nuestra diócesis.



## Introducción

En algunas reflexiones trataremos de desglosar la historia del ministerio de diaconía en la Iglesia cristiana, su fundamento en el seguimiento de Jesús, su carácter de espiritualidad con esperanza y entusiasmo, características del espíritu de Jesús, y como, a lo largo de la historia de las Iglesias cristianas, la diaconía se ha evolucionado hasta el Concilio de Vaticano II con la restauración del diaconado permanente. Es un largo camino histórico de servicio pasando desde una posición de poder clerical hasta la refundación en su fundamento evangélico: la opción preferencial, no excluyente, para los pobres en todos sus características y manifestaciones actuales. La diaconía cristiana está íntimamente relacionada con esta opción, tiene sus fundamentos evangélicos y su aval evangélico, recuperado en el Concilio Vaticano II.



## **La historia de la diaconía**

La diaconía tiene una historia larga dentro las Iglesias del cristianismo. El diaconado permanente instaurado por los apóstoles, abandonado por largo tiempo y recientemente restaurado como diaconado permanente. Fueron los primeros obispos, los apóstoles, que introdujeron muy pronto el funcionario de diacono y diaconiza para mantener en firme el seguimiento de Jesús. La institución del orden de los diáconos por los apóstoles nació de una temprana necesidad de servicio en la Iglesia, las comunidades de cristianos, ya que los apóstoles no podían atender a todas sus necesidades. La solución fue en instituir a siete hombres de buena reputación para que los asistieran en el ministerio. A través de la imposición de las manos y la plegaria de ordenación ellos encomendaron a estos hombres el ministerio de servir ‘en la mesa’. Fue una decisión formal y funcional de una vocación de todos los seguidores de Jesús. La tensión sana entre el seguimiento y el funcionamiento de la diaconía fue dada desde el inicio.

Es una larga historia de esta tensión. A medida que el orden de diáconos se hizo más prominente en los primeros siglos de la Iglesia, el diácono pasa a ser uno de los brazos del obispo. El diácono asistía al obispo en la sagrada liturgia, ejercía responsabilidad de los bienes temporales de la Iglesia, y distribuía la limosna a los pobres. En su papel como asesor, representante legal y confidente del obispo, era común y lógico que él fuese la opción obvia para suceder al obispo

después de su fallecimiento, y recibía la ordenación sacerdotal y episcopal. El servidor logro ser funcionario con un cierto poder. Después del siglo V el diaconado experimenta un declive gradual en occidente. Para el 400 d.C. los abusos de poder y los conflictos con el orden de presbíteros, con frecuencia por motivos de compensación monetaria, son citados como los factores que contribuyeron al descenso del diaconado y eventual desaparición como un orden permanente dentro de la Iglesia Latina. Cambios sociales dentro de la Iglesia llevaron al desarrollo de monasterios y órdenes religiosas que tomaron responsabilidad de las instituciones caritativas, y de esta manera contribuyeron también en la reducción de la necesidad de diáconos, ya que ellos habían estado a cargo de responder a tales necesidades. En los siglos siguientes muchos otros factores contribuyeron esta cadena de eventos y ya para el 800 d.C. el diaconado pasó a ser un paso transitorio y preparativo para el sacerdocio en la Iglesia Latina. El diaconado no podía ser abolido debido a que este orden tenía raíces (orígenes) apostólicos que se remontaban al Nuevo Testamento. La solución en este tiempo fue el de convertirlo en un paso (etapa transitoria) hacia el sacerdocio. En las iglesias de oriente, el diaconado permaneció como un ministerio y orden permanente.

En el Concilio Vaticano II el diaconado como ministerio permanente en la Iglesia fue retomado en definitivo. En los 60s algunos padres conciliares (Concilio Vaticano II) propusieron a la Iglesia universal que el ministerio del diaconado que procedía de los apóstoles, como tal, debía ser restaurado como un orden permanente en la Iglesia. *Lumen Gentium* (29) afirma que corresponde a las distintas conferencias episcopales, según sus necesidades. El diaconado como grado propio y permanente fue formalmente restaurado por

Papa Pablo VI en 1967 y ha tenido un crecimiento gradual. El 18 de junio de 1967 Papa Pablo VI decreta la carta apostólica *Sacrum Diaconatus Ordinem*, un documento que restablece el diaconado de manera permanente en la Iglesia Latina como ministerio propio. Es como dice el Papa Francisco: los diáconos no son “medio sacerdotes” ni “sacerdotes a medias”, ni “monaguillos de lujo”, sino siervos solícitos que se entregan para que nadie quede excluido: gente “humildes”, “buenos esposos y buenos padres”, “centinelas” capaces de avistar a los pobres y a los alejados: así describe el Papa Francisco a los diáconos, en su discurso a los Diáconos Permanentes de la Diócesis de Roma recibidos en audiencia en el Aula de las Bendiciones (Junio 2021), confiándoles el mandato del servicio. Aquí el Papa se detiene en el ministerio del diácono: “El camino principal a seguir es el indicado por el Concilio Vaticano II”, en particular la *Lumen Gentium*, que dice que a los diáconos “se les imponen las manos no para el sacerdocio, sino para el servicio”. Una diferencia “no insignificante”, señala el Papa, porque el diaconado -antes reducido a una orden de paso hacia el sacerdocio- “recupera así su lugar y su especificidad”. Y esto “ayuda a superar la lacra del clericalismo, que sitúa a una casta de sacerdotes ‘por encima’ del Pueblo de Dios”. Y “Es triste ver a obispos y sacerdotes pavoneándose, pero más aún a un diácono que quiere ponerse en el centro del mundo”, y les recomienda que sean “buenos padres y esposos”. ¡Un bien consejo de nuestro Papa Francisco!

Todos estamos llamados a ‘abajarnos’, porque Jesús se abajó, se hizo siervo de todos. Si hay alguien que es grande en la Iglesia es Él, que se hizo el más pequeño y el siervo de todos”. Todo empieza aquí: “El poder está en el servicio, no en otra cosa”. Si no se vive esta dimensión, advierte el Pontífice,

“todo ministerio se vacía por dentro, se vuelve estéril, no produce frutos. Y poco a poco se vuelve mundano”.

“La generosidad de un diácono que se entrega sin buscar las primeras filas perfuma de Evangelio, relata la grandeza de la humildad de Dios que da el primer paso para ir al encuentro incluso de quienes le han dado la espalda”

El Papa quiere que los diáconos sean centinelas: “No sólo que sepan a visitar a los alejados y a los pobres -esto no es tan difícil-, sino que ayuden a la comunidad cristiana a descubrir a Jesús en los pobres y en los alejados, mientras llama a nuestras puertas a través de ellos”, dicho en esta audiencia.

Pero no solo se puede delegar el servicio a un funcionario, aunque como cristianos podemos y tenemos organizar diferentes formas de caridad y servicio. Es una vocación en miles de diferentes formas de todos los cristianos como servidores de sus hermanos y hermanas de la humanidad entera. Y este servicio se ancla en una virtud de compasión. El mayor teólogo cristiano, Tomás de Aquino, señala en su *Suma Teológica* que la compasión es la más elevada de todas las virtudes, pues no solamente abre la persona a otra persona, sino que la abre hacia la más débil y necesitada de ayuda. En este sentido, concluía, es una característica esencial de Dios.

Nos estamos refiriendo al *principio* compasión, no simplemente a la compasión. «Principio», en sentido más profundo (filosófico), significa una disposición originaria y esencial, generadora de una actitud permanente que se traduce en actos, pero nunca se agota en ellos. Está siempre abierta a nuevos actos. En otras palabras, el principio tiene que ver con algo que es propio de la naturaleza humana. La tradición



## Diaconía como Culto Divino

judeocristiana testimonia la grandeza de la compasión. En hebreo es *rahamim* que significa “tener entrañas”, sentir al otro con sentimiento profundo, con ‘entusiasmo’, tener un Dios dentro de sí, estar contaminado con Dios. Más que sentir es identificarse con el otro. El Dios de Jesús y Jesús mismo se muestran especialmente misericordiosos, como se revela en las parábolas del buen samaritano (Lc 10,30-37) y del hijo pródigo (Lc 15,11-32). Curiosamente en esta parábola, el cambio no está tanto en el hijo que vuelve, sino en el padre que se vuelve hacia el hijo pródigo.

Hacer un llamamiento cristiano a la solidaridad compasiva en el contexto mundial actual de la existencia de miseria, creciente exclusión, deterioro del medio ambiente, una crisis sanitaria por pandemia y aumento de la pobreza personal y familiar puede parecer más bien disfuncional y desesperante en vez de ser una motivación de hacer un acto y una política de alivia y erradicación de estas malas. Solidaridad si hay por parte de cristianos y creyentes cristianos y de otras religiones como el islam y judaísmo. Pero es sobre todo un servicio otorgado a voluntarios en su mayoría laicos y laicas con apoyo moral de las autoridades de estas religiones. Pero en muchos casos sigue siendo un acto voluntario humano que no emana de la esencia de la fe cristiano vivido.

Es de gran importancia de que se reconsidera la diaconía como expresión de solidaridad y servicio y vivirla como un encuentro con Dios, como espiritualidad, creando esperanza para un modo como Dios lo adivina, su reino de Justicia, paz, igualdad. Se trata de ser colaborador en la construcción del Reino de Dios, su visión a el bien de la humanidad, donde El es principio y final. ¡El rezo que Jesús nos enseno “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo!”

En esta reflexión no se trata solamente del ministerio eclesial del diaconado como existía en la Iglesia Católica, con su origen en la decisión de la Iglesia primitiva de nombrar diáconos para hacer el servicio a los clérigos para promover la palabra del evangelio. (Hechos de los apóstoles 6.2-6). La diaconía es una dimensión fundante de la vida cristiana. El ‘sígueme’ a Felipe Jesús lo hace a todos los cristianos (Juan 1.53) o la radicalidad de Jesús en su respuesta a un hombre aparentemente rico que quería saber que hacer en la vida para tener la vida eterna. Cumplió todos los mandamientos, ‘solo te falta una cosa: vete, vende todo lo que tienes y reparte el dinero entre los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo. Después, ven y sígueme’ (Marcos 10.21).

San Pablo describe las cualidades particulares que todo hombre necesitaba para ser considerado al orden del diaconado (1 Timoteo 3,8-13). Se puede deducir, en base a otros textos del Nuevo Testamento, que los diáconos en la Iglesia primitiva predicaban (San Esteban, Hechos 6-7), bautizaban (el nombramiento de San Felipe, Hechos 8), y servían en la comunidad. Con la propagación de la fe en la Iglesia naciente, los diáconos comenzaron a tener funciones litúrgicas. Pero a lo largo de la historia de la Iglesia desapareció poco a poco este servicio colectivo y fue incorporado en parte a un servicio litúrgico y a la promoción de la Palabra mediante catequesis y organización de Caridad. Muchas Ordenes y Comunidades de religiosos y religiosas retomaron este servicio como principio de ser seguidores de Jesús que vino para hacer la voluntad de su Padre y han mantenido vivo en gran parte este servicio diaconal como espiritualidad cristiana.

Tampoco se trata de las diaconías como las Iglesias de la Reformada lo han instalado y usado. Aunque podríamos aprender algo de esta rica tradición.

## Diaconía como Culto Divino

Tampoco se trata exclusivamente de los organismos tradicionales católicos como son Caritas, Obras Vicentinas etc. No se trata diaconía como una empresa estilo ONG eclesial. Es primordialmente una espiritualidad de vivir el evangelio, don de la diaconía, el servicio compasivo como culto divino, es una invitación de colaboración con el proyecto que Dios tiene con la humanidad. ¡En Jesús Dios es el primer diacono! Dios es puro en su compasión.

Prefiero de recuperar la gran tradición eclesial y cristológica de la diaconía como seguimiento de Jesús y que repercusiones esto tiene en el funcionamiento del 'funcionario diacono'.

Es urgente de retomar la diaconía en su sentido profundo. Las dos cartas encíclicas últimas del Santo Padre Francisco introduce esta urgencia: Laudato Si y Fratelli Tutti donde la relación del ser humano con su medio ambiente, con su tierra, se relacione con la relación de fraternidad y la amistad social, características del reinado de Dios. Y el Mensaje del Santo Padre Francisco para la V Jornada Mundial de los Pobres (14 de noviembre de 2021, 14.06.2021) nos da pautas claras como andar y articular la diaconía y la opción por el pobre como espiritualidad evangélica. Pide una reorientación de la diaconía en estas dimensiones para mantener la dimensión universal e intimidad y dignidad personal del mensaje cristiano en el mundo de hoy. Es retomar la gran tradición de la vida de San Francisco y el legado de los evangelios y la tradición de los Padres de la Iglesia. La fe cristiana no tiene fronteras. Es como vivir el momento actual de la historia sin olvidar la historia general del cristianismo sobre todo en sus momentos neurálgicos como fue el tiempo de San Francisco de Asís.



## **Diaconía es seguir a Jesús.**

La unción de Jesús tiene rasgos diaconales: “El Espíritu del Señor descansa sobre mí, porque me ungió. Para llevar las buenas noticias a los pobres, me envió, para anunciar a los prisioneros su liberación y para los ciegos la restauración de su vista, para dar a los oprimidos su libertad.” (I: 4.18)

Jesús sanó, alimentó e invitó a los demás: “Sígueme”. Y seguir esto es practicar su invitación, sin buscar excusas o delegación a ‘otros’ sea personas o instituciones.

El llamado de Jesús a seguirlo siempre significa seguirlo al servir: “Haces lo mismo”: que es una invitación y un consejo al erudito de Derecho que le pregunta a Jesús acerca de lo que debe hacer para encontrar la vida eterna. Él mismo dará en primera instancia la respuesta, pero eso es una respuesta de la Tora, del catequismo. Él había aprendido bien la lección, pero queda con la duda y hace la pregunta: ¿quién es mi prójimo? Jesús se niega a dar una respuesta directa a esto y cuenta la historia del bien Samaritano que como ciudadano de este pueblo fueron mirados por los judíos como malos, herejes. Y cuando Jesús le pregunta: “¿Cuál de estos tres crees que se ha convertido en el más cercano de las víctimas de los ladrones?” El estudioso de la ley dijo: “El hombre que ha demostrado compasión por él”. El erudito de derecho no se atreve para mencionar: ‘ese samaritano!’ Entonces Jesús le dijo: “Vete y haz tu lo mismo.” (Lc:10.36/37)

El relato del juicio final (Mt.25,31-46) es también muy ilustrativo. ‘Señor, ¿Cuándo te vimos hambrientos y te dimos de comer, o sediento y te dimos a beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o sin ropa y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y te fuimos a ver? El Rey responderá: ‘En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de mis hermanos, me lo hicieron a mí.’ (Mt 25, 37-40). Significa que el servicio al hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo o encarcelado es un servicio de encuentro con Dios mismo. Y este servicio va más allá de dar una limosna. Es respuesta a la existencia concreta de los más necesitados, los más pequeños de mis hermanos, los sufrientes, excluidos de la sociedad amplia como hijos e hijas del mismo Dios.

Es la empatía con la víctima lo que cuenta, sin motivos y cálculos ocultos. ‘Tenga en cuenta que usted no practica la justicia ante los ojos de los hombres, sólo para ser visto por ellos. Entonces tu Padre Celestial no te recompensará. Así que cuando das limosna, no las trompetees, como hacen los hipócritas en la sinagoga y en la calle para ser alabados por la gente. Les aseguro que ya han recibido su salario. Pero si das limosna, no dejes que tu mano izquierda sepa lo que está haciendo tu mano derecha; tu limosna quedara en secreto. Y tu Padre, que ve en secreto, te premiará.’ (Mt. 6:1-4) Es como digo el papa Francisco en un sermón: cuando das una limosna a un migrante o pobre de la calle: “¡mírelo en sus ojos porque es un encuentro con Dios!”

Esta es la ‘revelación’: Jesús ve la vida desde el ángulo de las víctimas de la sociedad, no por resentimiento o por venganza, sino como un culto de una restauración fundamental de la sociedad humana que para él coincide

## Diaconía como Culto Divino

con el orden divino. La compasión por las víctimas puede conducir fácilmente al resentimiento con los perpetradores, las víctimas, que pueden ser personas, estructuras y culturas. En esa historia del samaritano, Jesús no dice nada sobre los bandidos que roban al viajero y lo maltratan veo. Eso significa que Jesús quería estar en la realidad de restaurar el orden divino y no tanto en un moralismo.

El servicio, la diaconía como siguiendo el camino de Jesús y como edificación del Reino de Dios, culmina con la celebración de la “Mesa”. En la iglesia antigua, la labor diaconal fue algo que precedió a la celebración de la Eucaristía que culminó precisamente en la diaconía como fundamento sano y divino. Santos como Agustín, Eusebio y otros promovieron fuertemente esta práctica y criticaron a los cristianos que querían celebrar la Eucaristía sin hacer el ministerio diaconal primero. La diaconía se consideraba un culto divino, incluso con sus propios oficiales, diáconos y diaconisas que llamaban y organizaban a los grupos para que hicieran bien el trabajo de restauración. El diácono no era un oficial litúrgico, sino un testigo y practicante de la obra diaconal, como un seguimiento de Jesús, como anticipo y principio del Reinado de Dios en la tierra.

A lo largo de los siglos, con todos los cambios litúrgicos (¡a veces supuestas innovaciones!) y el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia, la diaconía y la Eucaristía han ido por caminos separados sin la relación fundamental evangélica. Así se obtuvo una celebración eucarística en la que la diaconía se convirtió en apéndice y llamador moralizante, una especie de nadar en una alberca sin agua. Los documentos del Vaticano II, especialmente *Gaudium et Spes* y *Sacrosanctum Concilium*, trataron de restaurar la

conexión fundamental entre la Eucaristía y la justicia social, entre la diaconía y la mesa del Señor. Papa Juan XXIII en su mensaje de apertura del Vaticano II y el Cardenal Lercaro han dado un empujón importante en esta dirección. Juan Pablo II en su carta apostólica 'Mane nobiscum domine'(2004,el año eucarístico) donde exhorta en #28: "Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el «lavatorio de los pies» (cf. Jn 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. 1 Co 11,17-22.27-34). ¿Por qué, pues, no hacer de este *Año de la Eucaristía* un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes. Se trata de



males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. *Jn* 13,35; *Mt* 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas. ”

Es una cita larga que comprueba la larga tradición dentro la Iglesia de la unidad de eucaristía y diaconía. Sin diaconía no hay eucaristías y no hay eucaristía sin diaconía.

La Eucaristía es inclusiva y también contiene una protesta y una resistencia a la exclusión social en múltiples formas. La Eucaristía presenta la historia de la humanidad desde los ojos de los pobres y trata la vivencia de la solidaridad y el compartir. La Eucaristía no es un acto político en sentido estricto, sino un acto de fe que se atreve a decir: ¡otro mundo es posible! El dicho después de la consagración de pan y vino es contundente: “Haz esto en mi recuerdo” y tiene un doble fondo: ¡sígueme en el servicio! Es lamentable que el énfasis en la gran importancia de la Eucaristía se haya desprendido de la diaconía. La acción de gracia, Eucaristía, es acción de celebración de la gratitud de Dios Padre como seguidores de nuestro Señor Jesucristo, “el cual siendo rico, se hizo pobre por nosotros para que, con su pobreza, nos hiciera ricos” (2 Cor 8, 9).

La Iglesia actual (especialmente el ala más clerical y clericalista) a menudo da más importancia a la celebración eucarística que a la necesidad diaconal como imitación de Jesús y como culto divino. El llamamiento del Papa Francisco ‘Id a la calle’ es de hecho una invitación a la imitación

de Jesús y ejercer el culto divino. La diaconía, el servicio incondicional al prójimo, al pobre en todos sus colores, diferencias y apariencias, el pueblo preferido de Jesús y de su Padre, es un carácter fundamental del seguimiento de Jesús que también así está construyendo los signos del Reino. Y de esto se trataba Jesús: el reino de su Padre y esto es para Jesús: seguir a su Padre, haciendo Su voluntad, mostrando en el servicio. No es casualidad que en el rezo que Jesús nos enseñó combina: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo" inmediatamente seguido con "Danos hoy nuestro pan de cada día". No es el pan para mañana, el pan de las promesas, ¡sino nuestro pan de cada día! "Danos hoy" significa el derecho y necesidad de todos y todas de comer. Esto implica que para Jesús comer es un derecho inalienable a cuál todos y todas tienen y deben de tener derecho. La presencia en el mundo de hambre no es solamente una tragedia, sino también una violación rotunda de un derecho inalienable, que repercute a fondo un sistema social-económica que tolera, produce y mantiene hambre. El simple rezo de 'danos hoy nuestro pan de cada día' es a fondo un programa político social que debía procurar que todos tienen de comer.

## **Diaconía y espiritualidad**

Desde la perspectiva de Jesús se trata de la espiritualidad de la diaconía, el modo de ver la vida en todas sus formas. Planteamos la diaconía como lugar de encuentro con Dios. Creo firmemente que como cristianos de hoy necesitamos esta espiritualidad profunda para no caer en la trampa del desanimo en los diferentes empeños de ayuda, solidaridad y compromisos cristianos con el más desfavorecido, sea como persona, sea como grupo, comunidad y pueblo. El desánimo lleva a la indiferencia, al descarte del pobre en todas sus formas. Tenemos que recordarnos que la diaconía es un camino hacia un encuentro con Dios, que se nos presenta en el servicio humana sea de lo más elemental. Fácilmente consideramos la diaconía como un puro deber moral que tarde o temprano desanima, nos entristezca, nos cansa y nos deja con un sabor de culpabilidad, impotencia. Jesús no se dejó desanimar, a pesar de su grito en la cruz: ‘Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?’ (Mt 27, 46) retomando su servicio de entrega total: ‘Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu’ (Lc. 23.46). Esto fue su espiritualidad de servicio hasta en el extremo.

No me cabe en la cabeza que gente, con las mejores intenciones del mundo, están condenados hacia una sensación de tristeza, impotencia y hasta amargura cuando con todo corazón y amor tratan de vivir la Palabra del Evangelio. Retomo una palabra de San Oscar Romero: “Son los pobres que me han evangelizado” o como dice Papa Francisco

recientemente (26 de Julio 2021) en una celebración de las Caritas Italiano: “Ampliar la mirada, sí, pero partiendo de los ojos del pobre que tengo delante. Ahí es donde se aprende. Si no somos capaces de mirar a los ojos a los pobres, de mirarlos a los ojos, de tocarlos con un abrazo, con una mano, no haremos nada. Es con sus ojos que tenemos que mirar la realidad, porque mirando los ojos de los pobres miramos la realidad de una manera diferente a la que está en nuestra mentalidad. La historia no se mira desde la perspectiva de los vencedores, no, que la hacen parecer bella y perfecta, sino desde la perspectiva de los pobres, porque es la perspectiva de Jesús. Son los pobres los que ponen el dedo en la llaga de nuestras contradicciones y perturban sanamente nuestra conciencia, invitándonos a cambiar. Y cuando nuestro corazón, nuestra conciencia, mirando a los pobres, a la gente pobre, no se inquieta, se detiene -debemos detenernos-: algo no está funcionando”. Seguir a Jesús, hacer el servicio al más pobre y excluido es pura alegría. Evangelio sigue significando “Noticia Buena, Noticia Alegre”.

## **La diaconía con esperanza es una dimensión del Espíritu.**

“Ahora que el delirio del positivismo ha terminado, podemos sentir el asombro primitivo del cavernícola de nuevo frente al secreto. Mi objeción al realismo es la misma objeción que los judíos tenían a las representaciones icónicas: la pretensión como si supiéramos de lo que estábamos hablando oscureciendo el misterio. Idolatría no está dispuesta a responder al desafío del misterio’ (dice Vaclav Havel, escritor y expresidente de Chequia Eslovaquia).

“Hay un tabú sobre la creencia entre los jóvenes. La sociedad ha suprimido cualquier sentimiento trascendente. La Iglesia no está lo suficientemente abierta a las dimensiones emocionales. Los jóvenes no buscan habilidades de aprendizaje, pero quieren ser tocados por algo. Sus temas más populares son: el amor, la amistad, las relaciones, la vida y la muerte, la violencia y la agresión, el ‘agujero negro’, etc. A partir de estos temas, las conversaciones sobre las dimensiones más amplias de la existencia humana a menudo vienen naturalmente...” (Frans Kellendonk, un escritor joven de Holanda)

Nostalgia, identidad, melancolía, memoria, positivismo, idolatría, realismo, dimensiones emocionales, relaciones... Es sólo una selección de palabras clave dadas anteriormente.

Es urgente de tratar y de esbozar un marco para conseguir un poco de “agarre” en esta búsqueda del hombre moderno en nuestra sociedad occidentalizándose. Sin embargo, tengo en mi mente la realidad de las víctimas y desalojado de esta cultura moderna. Esa es mi elección, que va mucho más allá de una razón científicamente responsable. También tiene que ver con una experiencia colectiva de fe con las víctimas. Puedes enamorarte de cualquier cosa y todo. Pero sólo hay una cosa que es necesaria. Me he enamorado como Francisco de Asís, con ‘Señora Pobreza’, y sigo enojado porque muchos, muchos, no hacen esta elección por su propia voluntad, sino que se vieron obligados a vivir muy por debajo del umbral de la pobreza. Elegir la pobreza voluntariamente no es una virtud o hazaña espiritual, sino una luz, una vez que ves que no dejas ocultar, una libertad que ya no quieres perder, un enamoramiento que permite la solidaridad sin apapacharse. La gracia es y sigue siendo gracia. Quiero recordar una experiencia de la gratitud de la gracia.

Un día viaje con un pickup de la Organización rumbo a un pueblo en la montaña para participar en una reunión de campesinos, pequeños productores indígenas de café. Me acompañaron algunos agrónomos de una ONG extranjera. Ellos hablaron de proyectos de desarrollo para las comunidades indígenas y quieren ver cómo ayudarles.

En un largo tramo solitario sobre la brecha de piedras y lodo de repente vi al lado de camino una señora sentada sobre un bulto de leña, pero la pase como otros lo han hecho. De repente se me ocurrió de frenar y me eché de reversa hasta donde estaba la señora, me bajé y le pregunté ‘¿por qué estás solita aquí? ¿Por qué no nos pediste un aventón?’ Ella nos respondió: ‘¡Nadie me ve, solamente mi pobre Diosito

me ve y me oye!’ Una mujer ya de edad avanzada, quizás viuda, quizás abandonada, que había ido a juntar, lejos de su pueblito, leña para cargarla en su espalda y llevarla a casa para la comida del día, ‘sea por la **última** vez’, como la viuda de Sarepta. Como con una flecha de luz su presencia deplorable me enseñó en qué tipo de mundo nos encontremos con el supuesto desarrollo económico del (neo-) liberalismo. La pregunté: ‘¿qué quieres que haga por ti?’. Y ella me miró muy fijo en mis ojos y respondió: ‘quédate con nosotros, puedes ver y oír’. Con toda razón ella me trató como el sordomudo en el mundo de los paganos. Ella, con simples palabras y gestos, me dijo claro cómo se puede vivir humanamente, libre y contento a pesar de un ambiente de miseria, negación, descarte y exclusión. De repente recibí un tipo de revelación profunda: aquí hay una mujer solitaria, abandonada, pero con una fe que hace que su sobrevivencia sea más fuerte que la misma miseria y la muerte. Ella lo llama ‘mi pobre Diosito’, nombre de cariño y de afecto de lo invencible y solidario, el Dios de los pobres vivos, que siempre los defiende y siempre es el primero para hacer la llamada. Es su Dios, El de los y las víctimas, ¡porque Dios no puede ser neutro! Las víctimas son epifanías de este Dios que cambia la víctima en criatura de resistencia. Ella me presentó un Dios que defiende la víctima y manifiesta así la esperanza de la humanidad. Este Dios se pone siempre al lado de la víctima, haciéndose uno de ellos y ellas. Ella me introdujo en este misterio, - mistagogia lo llaman los místicos-, y me pidió cariñosamente de quedarme y ver y oír para hacer un viraje para la vida con una respuesta a esta invitación divina. Esta experiencia profunda me sano en definitivo del manco del pensamiento único, de la fijación al ‘ego’. Esta también me ayudó para no caer en la trampa de amar la humanidad, los pobres, sino amar este y

esta pobre concreto. La opción preferencial con los pobres es primordialmente, éticamente actuante, una opción con el pobre real en sus múltiples formas y existencias. Es como Fyodor Dostoevski deja decir a uno de sus protagonistas (Piotr Ivan, el intelectual!) en su ‘Los Hermanos Karamazov’: “Si ama la humanidad, pero soy incapaz de amar mi vecino pobre...”. La viuda me ha sanado de esta anomalía muy común.

Allí estaba sentada sobre un bulto de leña la víctima, pero resistiendo, representante de la mayoría del mundo actual, desafiando el simulacro del desarrollo económico infinito, pero con un mensaje, una invitación para que veamos, aprender de vivir y sepamos escuchar. Su mensaje fue muy simple: ‘ámame y ayúdame’. En un instante como un rayo, capté la verdad del mundo y sus ilusiones y mentiras piadosas de promesas falsas. Aquí estaba sentada la verdad de una sabia. Vi que Santiago en su cartita tenía toda la razón: ‘ la verdadera religión es apoyar al huérfano y a la viuda en sus problemas’, a los abandonados de la religión de ganancias sobre ganancias a cualquier costo social e impunemente. Me impactó tanto que me senté un rato al lado de ella y lloramos juntos, llorando por todas las anomalías y cegueras de antes y de hoy. Perdí la fe en dogmas de un Reino puro espiritual, cielos solamente para después etc. y recobré la materialidad del mensaje de espíritu de este hombre Jesús. Pero también lloré de felicidad y prometí a ella no dejarla y le ayudé a poner el bulto de leña sobre el carro y a que ella subiera a la camioneta.

Volví a retomar el camino y aceleré con el carro llevando atrás toda la carga del mundo real. Los acompañantes me preguntaron: ¿por qué tardaste tanto? Mi única respuesta



fue: ‘ustedes, con sus proyectos e ilusiones de desarrollo, de ayuda, etc. están perdiendo su tiempo con propuestas falsas, con sus dioses falsas, porque no ven y menos escuchan’.

La gente acomodada en general se ha vuelto reacia a un llamado moral a la solidaridad. ¡La indiferencia se hace virtud! La compasión y el escalofrío, la sorpresa y el asombro son como jugos secos y tienen mal sabor.

Afortunadamente, todavía encontrarás estos jugos entre los indefensos. Pero la compasión y el estremecimiento son dos características de la poesía, dijo Aristóteles. La compasión, el asombro de la capacidad del hombre para sufrir, pero también la compasión y el estremecimiento que puede tener el hombre cuando se enfrenta al sufrimiento. Ambos, lástima y escalofrío, pueden sentir colectivamente cuál es el secreto del hombre mismo. Está en desacuerdo con la forma de vida del hombre (pos) moderno infectado con la ideología neoliberal, la ideología del ‘yo.yo.yo...’. Esta afirmación y observación, con santas y buenas excepciones, no tiene nada que ver con el cinismo o el masoquismo. En el desierto de la era moderna es como en un desierto donde ni siquiera se nos permite llorar, tan estéril, tan seco y, oh, tan solo. La impotencia, el llamado moral a la solidaridad con los indefensos sin perspectivas directas y el enfrentamiento a la brutalidad de la guerra y la violencia, por motivos no demasiado justos, gritos de miedo de la naturaleza: todo esto puede resultar demasiado para la capacidad de carga humana. Y, sin embargo, la compasión y el estremecimiento a escala humana son características de la poesía; agitar cuerdas donde se convierte la música más humana. Tonos atronadores de violencia y moralidad ensordecen y todo sentido de lo bueno y lo bello se aplana y desaparece de la vida. ¡Compasión va más allá de la empatía!

¿Cómo puede la compasión y la inquietud ser señas de identidad de la poesía? Llamamos a esta intuición, que sólo puede ser representada en imágenes, refiriéndose a una obra que siempre es más grande, más pequeña, más fina o más infinita que la imagen. La imagen del trabajo es paralizante debido a su fuerza mayor. La frase “En Jesús, Dios murió por los hombres» es un sinsentido perverso. Pero la referencia a la desintegración de Dios que enfrenta el sufrimiento y el sufrimiento puede tener sentido, porque es una imagen mucho más allá del abismo de esa tarde del Viernes Santo. Dios estaba devastado por el sufrimiento. Sangró vacío, no sólo por lástima - que olía a masoquismo del peor calibre - sino aún más por el estremecimiento. Su último grito en la Cruz fue el grito total de todos los pueblos de todos los tiempos. “Eli, Eli, lama sabactani” (Mt. 27:46). Y este grito se repite todos los días y no todo el mundo lo oye más. Así fue con el grito de Jesús. ¡Pero Maria, su madre y Juan, su hijo recién adoptado, oyeron este grito!

La compasión por sí sola siempre se basa en el poder. Pero un mundo sin compasión es interminable y un lugar sin espíritu, sin salvación. Junto con el estremecimiento, el asombro puede hacer que la compasión sea entera. La piedad es pesada, oscura, de color rojo oscuro y estremecedor es de color blanco claro, brillante y brillante. “Dios es amor” puede entonces ser una imagen de enredo de compasión y temor, puro, un espectro de color que es simultáneamente rojo oscuro y blanco brillante. Se volvió negro después de las tres de la tarde de ese Viernes Santo y las mujeres encontraron la túnica de línea blanca brillante ese Sábado de Pascua, allí en la tumba.

“¡El Espíritu necesita el mundo, de lo contrario se hace errante! Y el mundo necesita espíritu - de lo contrario perece”, (Vaclav Havel!). Y termino con una cita del documento del Papa Francisco: “No podemos esperar a que llamen los pobres a nuestra puerta, es urgente que vayamos nosotros a encontrarlos en sus casas, en los hospitales y en las residencias asistenciales, en las calles y en los rincones oscuros donde a veces se esconden, en los centros de refugio y acogida... Es importante entender cómo se sienten, qué perciben y qué deseos tienen en el corazón. Hagamos nuestras las apremiantes palabras de don Primo Mazzolari (sacerdote italiano en proceso de beatificación): «Quisiera pedirles que no me pregunten *si hay pobres, quiénes son y cuántos son*, porque temo que tales preguntas representen una distracción o el pretexto para apartarse de una indicación precisa de la conciencia y del corazón. [...] Nunca he contado a los pobres, porque no se pueden contar: a los pobres se les abraza, no se les cuenta» (“Adesso” n. 7 – 15 abril 1949). Los pobres están entre nosotros. Qué evangélico sería si pudiéramos decir con toda verdad: también nosotros somos pobres, porque sólo así lograremos reconocerlos realmente y hacerlos parte de nuestra vida e instrumentos de salvación.” (# 9).



## **El desarrollo de la diaconía cristiana.**

El término Diaconía viene del griego, y significa “servir a la mesa”. Labor que tenía un perfil de sirviente desde el punto de vista físico, material y corporal; de ninguna manera hacía referencia al servicio intelectual, como tampoco al formal, ni al espiritual. *Aún más, estaba relacionado al universo de esclavos, esclavas, siervos y siervas, mujeres y niños.* La escena de lavado de los pies de los discípulos según San Juan (13.4-10) tiene la misma tónica: fueron los esclavos sirvientes que tenían que lavar los pies de los invitados. Jesús reinvierta esta regla, siendo el mismo el sirviente. ¡San Pedro torpemente se opone a este rol de Jesús!

El “servir” en este caso, tenía que ver con lo material, hacía referencia al mundo de la práctica y corporal. Desde el punto de vista del pensamiento griego, en este ámbito del servicio no hay felicidad. Es lo contrario al mundo del espíritu, que pertenece al alma, el cual está reservado para el ser humano libre. Luego para el griego había una diferencia con la propuesta de Jesús. El griego decía: “¿Cómo puedo ser feliz sirviendo a alguien?”

Jesús aceptó la Diaconía en su vida terrenal, para cumplir su misión: “¿Cuál es mayor: quién está a la mesa, ¿o quién sirve (a la mesa)? ¿Acaso no es quién está a la mesa (permitiéndose ser servido)? Pues, en medio de vosotros, yo soy como quien sirve (a la mesa)” (Lucas 22:27). O: “El hijo del humano no ha venido para ser servido, sino para servir” (Marcos 10:45)

con referencia a Salmo 23.5 “Me has preparado para mí la mesa frente a mis adversarios.”

El concepto griego de diaconía cambia en Jesús. Adquiere la connotación de dignidad, pues es en la Diaconía que se le da sentido al misterio de la obra de salvación de Dios. Cristo se hizo esclavo, para liberarnos: “Yo soy como quien sirve...; Yo he venido para servir”. Es notorio cuantas veces Jesús usa en sus parábolas, acontecimientos y enseñanzas ‘la mesa’ y ‘comer’. Servir a la mesa implica por ende una relación *intima* entre diaconía y eucaristía. Enraizado en el contexto socioeconómico y político de su tiempo, la Iglesia primitiva reconoció una relación inseparable entre la eucaristía y el servicio a los pobres en su praxis eucarística. Es bien conocida la dura acusación de Pablo contra los cristianos de Corinto, que se reunían para celebrar la cena del Señor, pero no compartían su comida con los pobres. La misma intuición se encuentra en la Didaje y en la Didascalía Apostolorum, y en los escritos de muchos de los padres de la Iglesia, alguno de los cuales llegaron incluso a decir que los pobres son el altar sobre el que se celebra la eucaristía. (vean también los escritos de Juan Crisóstomo, Ireneo y Basilio.) Un texto de San Juan Crisóstomo aclara este carácter diaconal: “¿Quieres adorar el Cuerpo del Señor? Entonces no empieces por desdeñarlo cuando esté desnudo. No lo adores por dentro del templo con túnicas de seda para descuidarlo afuera donde gente sufre frío y desnudez. Para El que dijo: “Este es mi cuerpo” es el mismo que dice: “Me morí de hambre, y tú no me alimentaste”. ¿Cuál es el punto crítico de que la mesa del Señor esté cargada de cálices dorados cuando Él mismo muere de hambre? Haces cálices dorados, pero no viertes agua encrespada. Cuando adornas sus iglesias, asegúrese de no despreciar a su hermano necesitado. Este último templo es más precioso que el primero.”

## Diaconía como Culto Divino

Por lo tanto, el significado de “*diaconía*” estaba relacionado al universo de las personas sin el derecho a la felicidad, sin el derecho al pan de cada día, sin derecho a la libertad, a la ciudadanía, a la dignidad; “*diaconía*” estaba relacionada a las personas del mundo de la periferia (esclavos, esclavas, siervos y siervas, ancianos, mujeres y niños).

El Juicio y la memoria colectiva en forma simbólica, mediante símbolos que representan la realidad, (como la eucaristía) pertenece íntimamente juntos.

La acción de estar al lado de los victimas es memorizado en la eucaristía en forma simbólica realizada por la última frase: haciendo la memoria del comparto del pan y vino haces la memoria de la muerte de Jesús, la victima por excelencia. Esto implica también el reconocimiento de la inocencia de la víctima como Renee Girard nos explica: el chivo expiatorio inocente.

Todavía, es intrigante la pregunta: ¿Por qué Jesús escogió el concepto “*diaconía*” o “servir a la mesa” para caracterizar este su ministerio de solidaridad? ¿Cuál es la relación entre su ministerio con la “mesa”, con el “servir a la mesa”? ¿Cuál es la relación entre la evangelización de los pobres, la proclamación de la liberación a los cautivos, la restauración de la vista a los ciegos, la liberación de los oprimidos y el anuncio del año aceptable e agradable del Señor con el servicio de mesa? ¿Es únicamente un lenguaje simbólico, que los evangelistas recogieron, talvez para referirse al servicio de mesa en su última cena? Pero esta ‘última cena’ fue la culminación de muchas cenas y comidas que Jesús y sus discípulos y con multitudes de gente han tenido juntos.

La Última Cena es la última después de muchas otras cenas comunitarias en el día a día del ministerio de Jesús. Jesús de hecho realizó un constante servicio de mesa, más de lo que podemos imaginar, justamente con personas pobres, enfermas, con deficiencias, oprimidas, pecadoras...

Llama la atención la presencia cuantitativa de textos en los evangelios que se ocupan con este tema: son más de 40 narraciones en los evangelios. En los evangelios, los verbos “comer” aparecen en 76 textos (90% de las veces ligado a las comuniones, al acto de compartir de la mesa de Jesús), mientras “enseñar” (otro concepto importante en los evangelios) puede ser encontrado únicamente 55 veces. El evangelista Lucas destina una quinta parte de su obra a las comuniones de mesa de Jesús. Es llamativo la pregunta de Jesús cuando se reveló después de la resurrección a discípulos: ‘Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados. Le dijo: ‘Tenéis aquí algo de comer?’ (Lucas 24.41)

Pero también la presencia cualitativa sorprende: la exégesis sitúa la mayoría de estos textos en el contexto de la actividad histórica de Jesús de Nazaret. Por lo tanto, las comuniones de mesa de Jesús tienen una buena consistencia histórica. Cuando los redactores re-trabajaron estos textos, lo hicieron a partir de estas narraciones y recuerdos originales.

Considérese también el hecho de que, cuando la Comunidad Primitiva asumió como su distintivo el “partir del pan”, era considerado una actividad que no tenía su origen solo en la última cena de Jesús, sino en toda la tradición de sus comuniones de mesa, comer juntos. La comunidad proporcionaba continuidad a una práctica que era común en el ministerio de Jesús, que después de su resurrección



Diaconía como Culto Divino

mantuvo esta práctica como el evangelio de Juan lo relata en 21,12: ‘Vengan a desayunar’.

El evangelista Marcos encontró una forma original para expresar la importancia de las comuniones de mesa de Jesús: concluye cada una de las tres etapas del ministerio de Jesús con una cena: A) La de Galilea, Jesús se despide con la cena con cinco mil personas. B) De sus adeptos en la región de los gentiles en Decápolis, él se despide con la cena con cuatro mil personas. C) De sus discípulos, él se despide, en Jerusalén, con la Última Cena.

Juan encuadra su evangelio con dos comuniones de mesa (con excepción del primer capítulo): en el inicio, la boda de Caná (2.1-11), y en el fin, la cena del resucitado con sus discípulos (21.14).

Un dato especialmente importante es el hecho de crítica de los oponentes de Jesús que le llamaron “glotón y bebedor de vino” (Mateo 11.19), una clara alusión a su práctica de compartir la mesa. Estos atributos dados a Jesús también indican la credibilidad histórica de sus comuniones de mesa.

Los fuertes enfrentamientos que Jesús tubo con las autoridades religiosas por causa de su actitud de compartir la mesa con “cobradores de impuestos y pecadores” (Marcos 2.15-17), con las cenas comunitarias abiertas, sin duda, son indicadores de que esta actividad también fue una de las principales causas de la condena a la crucifixión.

Por lo tanto, las comuniones de mesa de Jesús no son un tema periférico en los evangelios. Al contrario, ocupan un papel central.

Bajo esta comprensión teológica está” la expectativa escatológica de Jesús. Esta determina su actividad alrededor

de las mesas y su enseñanza sobre la necesidad de la comunión de mesa.

Podemos ver algunos textos: Mateo 8.11

*“Vendrán muchos del oriente y del occidente para sentarse a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos”.*

Se trata de un dicho de Jesús en que él manifiesta su expectativa de que en el venidero reino de los cielos participarán todos los pueblos, de todos los puntos cardinales de la tierra. Dios va reunir en la mesa, juntamente con Abrahán, Isaac y Jacob, no solamente los electos, sino también todas las personas, inclusive los gentiles.

Mateo 22.1-14 (la parábola de las bodas)

En esto texto, Jesús cuenta que un rey preparó una gran fiesta, con un gran banquete. Invitó sus amigos. Estos estaban ocupados, cada uno con su propio proyecto de vida. Delante del rechazo de la invitación, el rey mandó llamar:

los que se encuentran en las encrucijadas de los caminos (v. 9);

a todos los que encuentren;

malos y buenos, todos y todas. (v. 9-10).

La primera invitación era selectiva (Jesús vino para los suyos, el pueblo de la alianza). La segunda invitación es abierta, sin fronteras, Contempla una segunda lista de invitados, una lista abierta. Pero Lucas 14.13: aumenta las personas de las calles y los callejones: las pobres, alejadas, ciegas y cojas.

Cuando la invitación para un banquete es hecha de manera abierta, sin fronteras, viene todo mundo: adultos,

Diaconía como Culto Divino

niños, mujeres, hombres, jóvenes, viejos, negros, amarillos y blancos, Es una gran mezcla. Y todo mundo festeja. Se establece una gran comunión de etnias, razas, sexos y edades.

Es lo ‘que Jesús se imagina para el banquete del reino de los cielos. Jesús proyecta para el tiempo venidero esta imagen del reino de Dios: un lugar abierto para todas las personas, indiscriminadamente.

Los textos revelan cual es la esperanza que mueve Jesús en su ministerio: el reino de Dios es abierto a todas las personas. Esta expectativa escatológica ilumina su presente histórico. El actúa de acuerdo con lo que espera.

Por esto, él realiza eventos en que esta esperanza es señalada concretamente: promueve, en el día-a-día su ministerio, comuniones de mesas abiertas. Tanto es así, que los escribas y fariseos lo acusan de “glotón y bebedor de vino” (Mateo 11.19) Y preguntan a sus discípulos: “¿Por qué come y bebe él con los publicanos y pecadores?” (Marcos 2. 16).

Así, percibimos en Jesús una consciente comprensión de “mesa”: un lugar de servicio en favor de la realización del reino de Dios en el tiempo presente.



## **Diaconía como opción para y con los pobres**

En su mensaje del Santo Padre para la V jornada mundial del día de los pobres (noviembre 14) empieza con el relato de la mujer que dona a Jesús en el contexto de una comida en Betania, en casa de un tal Simón, llamado “el leproso”, unos días antes de la Pascua. Según narra el evangelista, una mujer entró con un frasco de alabastro lleno de un perfume muy valioso y lo derramó sobre la cabeza de Jesús. Hubo indignación diversa frente este hecho. Algunos discípulos pensaron que habría sido mejor venderlo y dar lo recaudado a los pobres. Según el Evangelio de Juan, fue Judas quien se hizo intérprete de esta opinión: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para darlos a los pobres?». Pero la segunda interpretación que el papa hace de este acontecimiento me parece más contundente. De hecho, es Jesús mismo que da este significado “La segunda interpretación la dio el propio Jesús y permite captar el sentido profundo del gesto realizado por la mujer. Él dijo: «¡Déjenla! ¿Por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo» (Mc 14,6). Jesús sabía que su muerte estaba cercana y vio en ese gesto la anticipación de la unción de su cuerpo sin vida antes de ser depuesto en el sepulcro. Esta visión va más allá de cualquier expectativa de los comensales. Jesús les recuerda que el primer pobre es Él, el más pobre entre los pobres, porque los representa a todos. Y es también en nombre de los pobres, de las personas solas, marginadas y

discriminadas, que el Hijo de Dios aceptó el gesto de aquella mujer. Ella, con su sensibilidad femenina, demostró ser la única que comprendió el estado de ánimo del Señor.” (cita del ‘mensaje’ 1.) Y es elocuente la expresión final de Jesús, que asoció a esta mujer a la gran misión evangelizadora: «Les aseguro que, para honrar su memoria, en cualquier parte del mundo donde se proclame la Buena Noticia se contará lo que ella acaba de hacer conmigo» (*Mc 14,9*).

Esta fuerte “empatía” entre Jesús y la mujer, y el modo en que Él interpretó su unción, en contraste con la visión escandalizada de Judas y de los otros, abre un camino fértil de reflexión sobre el vínculo inseparable que hay entre Jesús, los pobres y el anuncio del Evangelio. (‘mensaje’ 2.) “El rostro de Dios que Él revela, de hecho, es el de un Padre para los pobres y cercano a los pobres. Toda la obra de Jesús afirma que la pobreza no es fruto de la fatalidad, sino un signo concreto de su presencia entre nosotros. No lo encontramos cuando y donde quisiéramos, sino que lo reconocemos en la vida de los pobres, en su sufrimiento e indigencia, en las condiciones a veces inhumanas en las que se ven obligados a vivir. No me canso de repetir que los pobres son verdaderos evangelizadores porque fueron los primeros en ser evangelizados y llamados a compartir la bienaventuranza del Señor y su Reino (cf. *Mt 5,3*).”(mensaje 2)

Poner los Pobres en el centro de la vida cristiana es esencia de la diaconía por ser esencia de la cristología. El descarte y el maltrato de la Madre Tierra y el descarte de grandes mayorías de la población de nuestra tierra demuestran quien es y quienes son los pobres de hoy. Y no son números, cantidades. Sino “*Los pobres* de cualquier condición y de cualquier latitud *nos evangelizan*, porque nos permiten redescubrir de

manera siempre nueva los rasgos más genuinos del rostro del Padre. “ Es la esencia de las cartas del Papa Francisco arriba mencionadas. En su mensaje el Papa Francisco es muy claro: “ Jesús no sólo está de parte de los pobres, sino que *comparte con ellos* la misma suerte. Esta es una importante lección también para sus discípulos de todos los tiempos. Sus palabras «a los pobres los tienen siempre con ustedes» también indican que su presencia en medio de nosotros es constante, pero que no debe conducirnos a un acostumbramiento que se convierta en indiferencia, sino a involucrarnos en un compartir la vida que no admite delegaciones. Los pobres no son personas “externas” a la comunidad, sino hermanos y hermanas con los cuales compartir el sufrimiento para aliviar su malestar y marginación, para devolverles la dignidad perdida y asegurarles la necesaria inclusión social. Por otra parte, se sabe que una obra de beneficencia presupone un benefactor y un beneficiado, mientras que el compartir genera fraternidad. La limosna es ocasional, mientras que el compartir es duradero. La primera corre el riesgo de gratificar a quien la realiza y humillar a quien la recibe; el segundo refuerza la solidaridad y sienta las bases necesarias para alcanzar la justicia. En definitiva, los creyentes, cuando quieren ver y palpar a Jesús en persona, saben a dónde dirigirse, los pobres son sacramento de Cristo, representan su persona y remiten a él.” (Mensaje 3.)

Esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la Encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si esta última nos hace conscientes del carácter relativo del a historia, no nos exime

en ningún modo de deber de construirla. Es muy actual a este respecto las del Concilio Vaticano II: ‘El mensaje cristiano, no aparte los hombres de la tarea de la construcción el mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo este como un deber para ser cristiano, seguidor de Jesús el Mesías.

San Agustín dice en uno de sus sermones / reflexiones: Dar un pan a un pobre que no tiene pan es el acto lo más supremo espiritual. La opción para y con los pobres es por ende un acto altamente espiritual. Y no es solamente un acto espiritual, sino lo es por excelencia. La pobreza, vista desde esta perspectiva cristiana es una gracia y que se hace desgracia cuando se niega las soluciones, el no dar el pan al hambriento. No dar el pan al pobre que no tiene pan es un acto materialista del primer orden y va en contra de lo más humano de la humanidad. La economía actual basado en un egoísmo del más fuerte que acumula con leyes en sus manos (y su historia es larga) es lamentablemente restringida al terreno material de ingresos brutos y netos, de inversiones y réditos, ¡de rendimiento a las acciones y el reparta de utilidades! ¡Todo va bien porque el PIB (Producto de Ingresos Brutos) aumento! Este hecho a propósito e ideológicamente determinado y hasta planeado para no tener una interferencia e intromisión por parte de lo más humano: lo espiritual en su sentido más amplio y profundo. Es por eso que los Padres de la Iglesia como San Ambrosio y su discípulo San Agustín refieren a Mt.25,34-40, el juicio final de Dios sobre la historia humana, dentro un contexto de ‘mantener las lámparas encendidas en vez de apagadas, y talentos que producen en vez de enterrarlas’.



Pero hacer coherente la fe con la vida solamente se hace espiritualmente en el acto de solidaridad vital con el pobre. Esto tiene implicaciones muy prácticas. Hablar sobre los pobres y su ‘problemática’ es negar la cuna divina. Dios nace donde se hace la gracia con el pobre y donde los pobres en sus luchas diarias hacen gracia: signos vitales de la presencia de Dios en el mundo. Se puede encontrar Dios en la vida y la lucha de los pobres para poder vivir. Los Salmos hablan tanto de esto.

El gran peligro de la Iglesia, aunque loable en sus intentos, como es el documento de Monterrey, es hablar sobre el pobre como objeto de gran preocupación y así perdiendo la subjetividad de la gracia y salvación. ¿Qué hiciste a mi hermano más pobre? es la pregunta básica. ¡Lo es por la simple razón de que lo hiciste a este hermano lo hiciste a Mi! Todo esto implica compartir el pan. También la Iglesia y los seguidores de Jesús pueden y deben de hacer esto. No solamente como acto de caridad, sino como acto humano espiritual para encontrar algo de Dios, algo de lo divino en la vida real. Sentirse bien después de la firma de un documento bueno es traicionar al pobre y traicionar el lugar de encuentro con lo divino, con Dios de Abraham (el errante), Isaac (el sacrificado) y Jacob (el excluido). Como Iglesia y como cristianos responsables, técnicos, intelectuales de clase mediera etc., tenemos mucho miedo de hacer las cosas debidas que van acorde con la fe expresada. El servicio real, organizado con los pobres, es arriesgarse realmente con la causa. Y esta causa es una causa divina, es la causa de Dios de los Padres. Para los cristianos, y por ende también para sus pastores, aunque en formas diferenciadas, la opción con, por y para los pobres es primordialmente un acto espiritual que por supuesto tiene ramificaciones e implicaciones políticas.

Ya superamos los planteamientos de las teologías políticas de los años sesenta del siglo pasado de corte más política que teológica, sobre todo cristológica. También algunas teologías de liberación pecaron en crear las grandes utopías en la tierra sin medir el costo real de estos planteamientos del pensamiento único. Utopías cambiar en ideologías es caer en la trampa de un pensamiento único. Sufrimos ya suficiente de esto absolutismos al borde de fascismos, sea de la izquierda sea de la derecha. Este pensamiento único nos lleva a la fe del crecimiento infinito que no existe. El crecimiento de una parte de la sociedad es siempre al detrimento de otra parte de la misma sociedad que tiene que pagar este crecimiento. Hay una sola tierra donde se tiene que compartir el pan. Y por eso el rezo del Padre Nuestro: ‘da nos hoy el pan de cada día’ es el grito que incluye a todos, sobre todos los que tienen hambre hoy. El rezo no dice: ‘da nos mañana o el mañana que nunca viene, el pan que necesitamos’. No: ‘danos hoy el pan’. Este rezo hace incluyente la sociedad, excluye nadie y promueve una sociedad para crear esta condición que todos tienen el derecho al pan de cada día.

La misma sospecha tengo, leyendo de Amartya Sen, un economista filósofo de India, laureado con un premio Nobel, y discutiendo con Manfred Max-Neef, un economista agrónomo de Chile y el cardenal Peter Turkson, prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral (y discutiendo con ellos en paneles donde nos encontramos en diferentes lugares del mundo), que los buenos conceptos de la realidad de la pobreza de los múltiples pobres (¡hay insensatos que quieren contar cuántos pobres de diferentes plumas hay y hacen diagramas y porcentajes y suman etc.!) inhiben plantear, planificar y organizar las alternativas reales de los pobres mismos. Todos piensan que el medidor es el

mundo de los ricos o de las clases medieras. No se plantean las cosas desde la medida de las carencias y escaseces, como el camino normal para la gran mayoría. Los pobres tienes siempre contigo, dice Jesús. No fue para escapar, sino para afirmar la realidad pecaminosa de la construcción de la economía material. ¡Seamos democráticos y a la vez cristianos! Lo mejor de la Teología de Liberación latinoamericano ha puesto en el centro la opción por los pobres como criterio de seguidor verdadero de Jesús. Ataques y creación de sospechas contra esta teología, deseando hasta su olvido, no absuelve esta opción preferencial para los pobres por ser el mensaje principal de Jesús mismo.

Es como nos dice el Papa Francisco en su mensaje:

«A los pobres los tienen siempre con ustedes» (*Mc* 14,7). Es una invitación a no perder nunca de vista la oportunidad que se ofrece de hacer el bien. En el fondo se puede entrever el antiguo mandato bíblico: «Si hubiese un hermano pobre entre los tuyos, no seas inhumano ni le niegues tu ayuda a tu hermano el pobre. Por el contrario, tiéndele la mano y préstale lo que necesite, lo que le falte. [...] Le prestarás, y no de mala gana, porque por eso el Señor, tu Dios, te bendicirá en todo lo que hagas y emprendas. Ya que no faltarán pobres en la tierra» (*Dt* 15.7-8.10-11). El apóstol Pablo se sitúa en la misma línea cuando exhorta a los cristianos de sus comunidades a socorrer a los pobres de la primera comunidad de Jerusalén y a hacerlo «no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama a quien da con alegría» (*2 Co* 9,7). No se trata de aliviar nuestra conciencia dando alguna limosna, sino más bien de contrastar la cultura de la indiferencia y la injusticia con la que tratamos a los pobres. (Mensaje Papa Francisco #8)

Hablar sobre la pobreza se tiene que considerarla como algo secreto, misterioso, divino. Hablar de la pobreza y los pobres como un manco, una desviación, como un atraso social, como atrasados en la ola del progreso infinito es como hablar sobre el sexo que se hace pornografía. Así es el hablar sobre la pobreza en esta forma (implícita, ideologizada) algo que tiende a algo pornográfico y al mismo tiempo como un blasfemo. La lucha contra la insatisfacción continua del sistema del progreso hace ruinas no solamente de poder, sino de exclusiones y nuevas formas de 'apartheid'. Pero la opción por el pobre desde el ángulo bíblico, desde el ángulo de la imaginación posible, no está considerado así. Encontrar la gracia de amor en el sexo es gratuidad natural. Encontrar algo divino en el compartir del pan (la vida en todas sus formas) es pura gracia. Da miedo de hablar sobre esto y es mejor rezar o hacer una poesía y convivir, compartir.

Hemos gastado mucha energía, tiempo y recursos para definir, - y siempre hay escapismos, religiosamente-, quienes son los pobres de hoy y quienes no lo son. Es una actividad escapista y un cuestionamiento medio inútil y poco digno frente la mayoría de los pobres de todos los colores y segmentos sociales en el mundo actual. Es simplemente un asunto de abrir sus ojos y ver más allá de la plaza y la puerta del monasterio y lugar del altar. No se puede ofrecer y compartir el pan y el vino sin ofrecer y compartir la gran contradicción de la realidad económica de la producción, mercado y el reparto desigual de la economía moderna. Nos hemos exhortado de hacer opciones preferenciales (- nuestro Papa actual invento la gran corrección: 'no excluyente' -) para y con los pobres. No sentimos estas resoluciones capitulares etc. como un desafío vital para la vida religiosa, sino más bien como una tolerancia para que otros lo hagan. Es para todos los religiosos, religiosas

y laicos que responden en una u otra manera a este acto de gracia. Es muchas veces un lenguaje exhortativo, moralista y de los grandes deseos. Pero no la reconocemos como algo que proviene del pobre mismo, mejor dicho, el Pobre que se hizo pobre. La opción por el pobre no es por ser un justo, sino es el único camino divino de vivir justamente. ‘Se despojo, tomando la condición de servidor y llego a ser semejante a los hombres’ etc. Fil. 2 7-10. Y lo asumió tanto hasta que murió por hacer hecho este compromiso. Y no murió por masoquismo, sino por un compromiso feliz, lleno de amor y ternura para su gente que le habían dado esto. El caminar con y acompañar a los pobres es una gratitud que proviene del Gran Comunicador del Amor, de la Graciosidad que da consejos buenos. Esta en la larga tradición profética: ‘¡Que traigan las montañas paz a los pueblos y a las lomas Justicia! Juzgara con justicia a los humildes y salvara a los hijos de los pobres, aplastara también a sus verdugos’ (Salmo 71.3,4).

Es como Leonardo Boff en un artículo en Koininía (2021 5 de septiembre) hace la pregunta: ¿Cómo es amar a la moda de Dios? El mensaje de Jesús es en esencia la respuesta a esta pregunta: Dios ama a todos indiscriminadamente, sin que importe su condición moral, sexual y racial. Ama hasta a los ingratos y malos, como afirma San Lucas en su evangelio (6,35); ama a los últimos, a los invisibles, a los pecadores, a aquellos que se sienten lejos de Dios y perdidos: la mujer samaritana, la extranjera, la adúltera. Todas y todos son beneficiarios del amor gratuito de Dios. Por eso Jesús, que encarnaba ese amor de Dios, de su Padre (*Abba*, papá) comía con los pecadores y andaba con personas de mala fama. Es para asegurarles: no importa lo que son, si obedecen o no las leyes, si son piadosos o no, si son buena gente o no: Dios está en medio de nosotros y busca nuestra intimidad.

Todas las religiones buscan a Dios. La religión judeocristiana afirma que Dios busca al ser humano: incluso al más distante y alejado de los marcos sociales y morales. Ésa es la gran novedad traída por Jesús: la *proximidad amorosa de Dios*. Él trató de decirla y mostrarla a todo el mundo. El verdadero drama fue, y sigue siendo, que la gran mayoría no acogió ni acoge la amorosidad de Dios. Porque no la aceptaron, Jesús fue perseguido, calumniado y finalmente condenado a muerte de cruz. Pero nunca dejó de amar al ladrón que estaba a su lado.

“En este contexto también es bueno recordar las palabras de san Juan Crisóstomo: «El que es generoso no debe pedir cuentas de la conducta, sino sólo mejorar la condición de pobreza y satisfacer la necesidad. El pobre sólo tiene una defensa: su pobreza y la condición de necesidad en la que se encuentra. No le pidas nada más; aunque fuese el hombre más malvado del mundo, si le falta el alimento necesario, librémosle del hambre. [...] El hombre misericordioso es un puerto para quien está en necesidad: el puerto acoge y libera del peligro a todos los naufragos; sean ellos malvados, buenos, o sean como sean aquellos que se encuentren en peligro, el puerto los protege dentro de su bahía. Por tanto, también tú, cuando veas en tierra a un hombre que ha sufrido el naufragio de la pobreza, no juzgues, no pidas cuentas de su conducta, sino libéralo de la desgracia» (*Discursos sobre el pobre Lázaro*, II, 5)”. (Mensaje Papa Francisco # 8)

## **El pobre: de nuevo en la mirada en la Iglesia**

Un texto de *Evangelii Nunciandi*, una exhortación apostólica de Pablo VI de 1975 ya señala la opción por el pobre como llamado de la Iglesia para ser comunidad de Jesús: “Entre la evangelización y el avance humano -desarrollo y liberación- hay, de hecho, vínculos profundos. Estos incluyen vínculos de un orden antropológico, porque el hombre que debe ser evangelizado no es un ser abstracto, sino que está sujeto a cuestiones sociales y económicas. También incluyen vínculos en el orden teológico, ya que no se puede dissociar el plan de Creación del plan de Redención. Este último plan toca las situaciones muy concretas de injusticia que deben combatirse y de que se restablezca la justicia. Incluyen vínculos del orden eminentemente evangélico, que es el de la caridad: ¿cómo se puede proclamar el nuevo mandamiento sin promover en justicia y en paz el verdadero y auténtico avance del hombre? Nosotros mismos nos hemos encargado de señalar esto, recordando que es imposible aceptar “que en la evangelización se pueda o se ignore la importancia de los problemas tan discutidos hoy, en relación con la justicia, la liberación, el desarrollo y la paz en el mundo. Esto sería olvidar la lección que nos llega del Evangelio concerniente al amor de nuestro prójimo que está sufriendo y necesitado.” (*Evangelii Nunciandi* #31)

No es casual que Juan XXIII, de origen campesino y pobre y que había pasado la mayor parte de su vida en naciones pobres del Este europeo, dijera un mes antes de la inauguración del Vaticano II que la Iglesia tenía que ser de todos, pero especialmente tenía que ser la Iglesia de los pobres. El Cardenal Lercaro, Obispo de Bologna, tuvo en el Concilio una célebre intervención donde afirmó que el tema de los pobres no era una cuestión simplemente moral sino estrictamente cristológica y que siempre que la Iglesia se había apartado de los pobres se había apartado del evangelio y, por el contrario, toda conversión de la Iglesia al evangelio siempre pasaba por una vuelta a los pobres. ¡Este discurso causó mucha discusión!

Existe un largo camino de redescubrimiento del pobre, como sujeto del primordial del Evangelio, en la Iglesia Latinoamericana: Las asambleas de obispos en CELAM: Medellín, Santo Domingo hasta Aparecida y no olvidar el Sínodo de Amazonia.

¡Con cuánto «romanticismo» son leídas en ocasiones las bienaventuranzas, dejando de percibir, así, todo el escándalo y alteración de los valores que en ellas se encuentran! Jesús proclama dichosos y felices a los que la sociedad de su época –¡de toda época! – considera desdichados e infelices: los pobres, los hambrientos y sedientos, los que lloran, los perseguidos y calumniados, los afligidos. Los que no cuentan. Los que no suman ni restan más que para las estadísticas. De ellos es el reino de Dios. Ese el motivo de la dicha y la felicidad. Por eso el «evangelio» es «novedad». La llegada del reino desconcierta a sus propios destinatarios. Jesús confirma una vez más que Dios está donde menos se los espera. Como lo entendió el «cura» Brochero en el siglo



XIX, perdido entre los paisanos de las sierras cordobesas de Argentina: «Dios es como los piojos: está con los pobres».

Las bienaventuranzas muestran el punto de vista, el sueño de Dios. Sólo desde ahí puede verse que el reino está llegando. Dios no mira a los seres humanos desde el pináculo del Templo ni desde la preceptiva legal. Dios los mira desde la marginalidad. Las bienaventuranzas no admiten fáciles moralizaciones; no constituyen, tampoco, una «ética de la debilidad» como acusaba Nietzsche. La felicidad de los bienaventurados no radica en la pobreza, el hambre, el dolor o la persecución: radica en que Dios está con los que padecen todo ello. Lo que quiere decir, que su suerte no es tal como castigo por sus pecados ni como fatal predestinación divina, sino como consecuencia de causas sociohistóricas que pueden ser revertidas porque dependen de la acción equivocada de otros seres humanos. Explotación, descarte, discriminación, egocentrismo son las caras del pecado antiguo y moderno.

Jesús sanaba, daba de comer e insiste a otros: Sígueme. Pero es un seguimiento en la práctica, sin escapes y excusas de comodidad.' Otro le dijo: –Señor, quiero seguirte, pero deja que primero me despida de los míos. Jesús le contestó: –El que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no sirve para el reino de Dios.' (Mt.9.62-63)

Es la compasión, lleno de ternura, con la víctima, sin intereses mezquinos, que hace la libertad y la felicidad humana. “No practiquéis vuestra religión delante de los demás solo para que los vean. Si haces eso, no obtendrás ninguna recompensa de tu Padre que está en el cielo. “Por tanto, cuando ayudes a los necesitados no lo publiques a los cuatro vientos, como hacen los hipócritas en las sinagogas y

en las calles para que la gente los elogie. Os aseguro que con eso ya tienen su recompensa. Tú, por el contrario, cuando ayudes a los necesitados, no se lo cuentes ni siquiera a tu más íntimo amigo. *Hazlo en secreto, y tu Padre, que ve lo que haces en secreto, te dará tu recompensa. (Mt. 6.1-4)* Es como dice San Gregorio Magno: ‘Dar a los necesitados lo que necesitan es devolver lo que se les debe, no es dar de lo nuestro. Es una deuda de justicia, no una obra de misericordia’.

El servicio, la diaconía como seguimiento y como construcción del Reino, culmina en la celebración de la ‘Mesa’, la Eucaristía, acción y celebración de gracia. En la Iglesia antigua la diaconía de la comunidad fue un trabajo previo a la celebración de la eucaristía, que funcionaba como culminación de la diaconía y como fundamentación. San Agustín, San Eusebio y otros promovieron fuertemente esta práctica y critica a estos cristianos que quieren celebrar la eucaristía, pero no hacen el trabajo de servicio. Diaconía fue considerada como ‘Culto Divino’, hasta con sus propios funcionarios, los y las diaconas, que animan y organizan el servicio. El diacono no fue un funcionario litúrgico, sino testigo y practicante del servicio diaconal.

A lo largo de los siglos a lo que la reforma litúrgica y el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia han avanzado por caminos paralelos. Faltaba la conexión íntima entre los dos. Los documentos del Vaticano II (sobre todo *Gaudium et Spes* y *Sacrosanctum Concilium*) no establecen una conexión *íntima* y explícita entre eucaristía y justicia social, entre diaconía y la mesa del Señor. La eucaristía es eminentemente inclusiva, y contiene al mismo tiempo una protesta y una resistencia a la exclusión social. La eucaristía presenta el

## Diaconía como Culto Divino

relato de la humanidad visto a través de los ojos de los pobres y gira alrededor a la solidaridad y el compartir. La eucaristía no es un acto político, sino un acto de fe expresando un ‘otro mundo es posible’. Esto es la experiencia mística que los discípulos de Emaús sintieron. Lc 24,30: ‘Y esto sucedió. Mientras estaban en la mesa con ellos, tomo el pan, pronuncio la bendición, lo partió y se lo dio’.

Es lamentable que el énfasis a la gran importancia de la Eucaristía se haya desligado de la Diaconía. La Iglesia en la actualidad da más importancia a la celebración eucarística que a la necesidad de diaconía como culto. La diaconía, el servicio a los prójimos, es característica fundamental del seguimiento de Jesús y a la vez constructor de signos del Reino.

En la Última Cena, Jesús realizó el servicio a la mesa con diversos tipos de personas, entre los cuales se encontraban pobres, enfermas, con deficiencias, oprimidas, pecadoras.

El “partir el pan”, era tradicional en la comunidad cristiana primitiva, como consecuencia de la práctica que era común en el ministerio de Jesús.

Por otro lado, los servidores de Cristo, los apóstoles tienen la función de ser otros Cristos. Pues, el carácter de “apóstol”, que se aplica no sólo a los doce, sino además a los colaboradores más inmediatos y directos de Pablo (Gál 1:19; Rom 16:7; 1 Cor 4:9; 9:2-6; 2 Cor 8:23; Flp 2:25) y a otros misioneros de las Iglesias (Rom 16:7; 2 Cor 8:23; 11:5; 12:1; Flp 2:25), nos recuerda las funciones de servicio que deben desempeñar en la Iglesia.

Los discípulos de Cristo están al servicio de Dios, como los profetas (Mt 10:41; 23:34; Hch 11:27ss; 13:1; 15:32; 1 Cor 12:28; 14:32-37; Ef 2:20; 3:5; 4:1; Ap 11:10.18; 16:6; 18:24; 22:6.9).

Los maestros o doctores son servidores (Hch 13:1; 1Cor 12:28; Ef 4:11; 1 Tim 2:7; 2 Tim 1:11; Heb 5:12).

Los colaboradores de Pablo, que desempeñaron ministerios importantes en las comunidades primitivas, lo hicieron como verdaderos diáconos (1Cor 3:5; Rom 16:21; 2Cor 1:1; Flp 1:1; Col 1:1; 1Tes 1:1; Gál 2:3; Col 4:12 ...)

Por supuesto, hay que recordar los carismas o dones espirituales que el Espíritu comunicaba a los creyentes, para ponerlos al servicio los unos de los otros (Rom 1:11; 5:15s; 11:29; 12:6; 1 Cor1:7; 7:7; 12:4.9.28.30-31; 2Cor 1:11; 1Tim 4:14; 2Tim 1:6; 1Pe 4:10).

En fin, la Diaconía es el ser y que-hacer constante de la Iglesia. Por ser la Iglesia en su identidad diaconal, es que promueve, coordina y orienta la espiritualidad caritativa y social, en su sentido de comunicación cristiana de los bienes de este mundo.

Cristo hizo una opción preferencial por los pobres, los pequeños, los últimos...la Iglesia hace lo mismo. Cristo escuchó los gemidos de cuantos eran excluidos, apartados, anulados, explotados, silenciados..., lo mismo hace la Iglesia, la cual busca promover el cambio social, tanto en las estructuras de la sociedad, como en la transformación del corazón de cada ser humano.

En la encarnación Dios se hace servicio en Cristo Jesús.

Diaconía como Culto Divino

En la cruz, Jesús demuestra que vino para “olvidarse” de sí mismo y hacerse todo para la humanidad.

De la misma manera, la Iglesia tampoco es para sí misma. Ella es para los hombres. No está en la tierra para “buscarse” o para engrandecerse, sino para servir humildemente a todos los seres humanos. Es como un obispo de Francia en los años 60 digo: ‘Una Iglesia que no sirve, no sirve!’

La diaconía es el principio de la Iglesia. Se puede recibir el kerigma, se puede pasar por la didajé y la pàrenesis, pero si el proceso aquí se detiene, se quedará la experiencia sólo como un movimiento espiritualista con las características del ombliguisimo.

En cambio, si se avanza hacia la Diaconía, se logra el inicio de la Iglesia, pues la Iglesia empieza a nacer cuando se convierte en servidora, es con la diaconía que se comienza a ser Iglesia, y luego esta misma Iglesia se organiza y madura, es cuando llega a la koinonía que puede celebrar, recordar, dar gracias y alabanzas: la liturgia.

Hagamos, para terminar, un pequeño intermezzo para aclarar desde el Evangelio como Dios y la gran Tradición ven a los pobres.



## **Algunas Reflexiones Bíblicas sobre el uso y abuso de los Pobres.**

Las Bienaventuranzas tienen sentido distinto en San Mateo, en San Lucas e in 'ipsissima voce Jesús'.

En San Lucas se habla de los miembros de la Iglesia, que por su fe sufren la pobreza, se han hundido aún más en ella o se le ha arrojado a ella. Aquí hay una constatación muy dura pero real; Por seguir a Jesús se deja de ganar dinero, por seguir a Jesús se sufren represalias económicas.

En San Mateo se trata de una especie de retrato hablado de Jesús, y por lo tanto el retrato de su seguidor fiel. Mejor dicho: de las opciones que hay que tomar para seguir fielmente a Jesús. Se trata de las disposiciones espirituales imprescindibles para ser auténtico discípulos de Jesús.

En San Lucas se declara dichosos a los discípulos, que experimentan el rechazo y la exclusión por la recompensa celestial que recibirán; porque el consuelo y la saciedad será el destino definitivo de estos desamparados. Estos odiados y ultrajados son los continuadores de la obra de los profetas. Para ellos está preparada una herencia incorruptible y no contaminable (1 Pe. 1,4) muy por encima de sus méritos. Si pasan tintas privaciones es señal de que en el juicio de Dios su alegría será total (1 Pe. 4, 13).

San Lucas interpreta la proclamación de Jesús a la luz de la experiencia de la misión. Ve a los discípulos como el “pequeño rebaño” (12, 32) de Jesús en contraposición a los dirigentes de un mundo perverso que busca por todos los medios acabar con los seguidores de Jesús. ¡El primer mártir de la Iglesia primitiva fue un diacono! (Hechos 6 y 7)

A ellos San Lucas los invita a no tener miedo, sino que también los anima, diciéndoles que no pierdan de vista la recompensa inimaginable que les tiene reservada Dios (12,37.38;14,14). Habla a gente urgida de aliento y de una indomable esperanza para poder resistir. A ellos que por seguir a Jesús se han vuelto parias de la sociedad. San Lucas les declara dichosos porque se beneficiarán del triunfo definitivo del amor de Dios. A ellos los convoca a la alegría porque sus sufrimientos son señal inequívoca de ser amados entrañablemente por Dios. A ellos los declara felices porque su suerte se les cambiara el día de su muerte (Lucas 16.22-25, el relato del pobre y el rico en su muerte). A ellos los acompañan los bienes que no faltan (16, 1), ellos no han hecho de su vida una tontería (12, 20-21) Ellos estarán con Jesús en el Paraíso (23, 43, el relato de los dos malhechores crucificados junto con Jesús).

A nivel de San Lucas las bienaventuranzas, no son ni promesa, ni normas de conducta, sino formas de felicitación, son expresiones de aliento, para que en medio de tantas dificultades (21, 12~18) los discípulos de Jesús puedan resistir (21, 19).

Aquí hay algo que no debemos olvidar:



## Diaconía como Culto Divino

1. San Lucas no vende baratijas esperanzadoras para él, el seguidor de Jesús está constantemente expuesto al sufrimiento.

Pone de cabeza los valores y componendas de aquella sociedad, en donde no había ni pizca de respeto al pobre. San Lucas afirma que los lugares privilegiados están reservados a los desechos de la sociedad.

Con este reto a los valores y componendas de aquella sociedad, insiste en que estos deben ser evitados.

Antes de San Lucas, o mejor dicho la fuente de San Lucas fue el muy probable documento o tradición fruto de la comunidad cristiana perseguida. En ella, los dichos son los mensajeros del Evangelio. Ellos han escogido, “un tesoro que no falla”; trabajan en medio de la seguridad total (9, 58), su pobreza se notaría en aquel ambiente tan pobre (10, 4). Van totalmente confiados en la providencia amorosa del Padre Celestial (10, 7; 12, 22-30), a pesar de haber sacrificados los lazos familiares más sagrados (9, 59-60). Saben muy bien que van a encontrar rechazo (10, 10) que van a ser arrastrados a los tribunales (12, 11) y que sus vidas corren peligro (12, 4-5), pero tienen un tesoro que no corre el riesgo de ser corroído o de ser robado (12, 33). Ellos no son pobretones ante Dios (12, 21). Aun en la vida azarosa están cuidados por la providencia amorosa de Dios. Ellos si son dichosos de verdad.

Jesús, sin restricciones, sin condiciones, sin prerequisites, anuncia simple y sencillamente, que Dios reina a favor de los que no cuentan para nada, de aquellos por los que no se tiene respeto alguno; que para ellos es el favor ilimitado de Dios.

Jesús proclama realmente algo paradójico: “dichosos los que viven en la desdicha”. Su lógica paradójica sólo convence al que reconoce lo que Jesús reivindica para sí mismo.

El trasfondo de las bienaventuranzas es el oráculo profético de Isaías 61, 1-2, que Jesús se hace el suyo. En este oráculo se habla de pobres realmente pobres. Lo mismo en textos afines a este oráculo profético ( Is. 29, 17-21; 28, 6-11 v Ez. 34. 4-30 que termina con: ‘Ustedes son mi rebaño, las ovejas de mi potrero yo soy su Dios’.)

De una manera o de otra nos encontramos con el trío de indigentes, afligidos y hambrientos, es decir, con lo más bajo en la escala social. Este mismo motivo se encuentra en otras partes de San Lucas (12, 32; 18. 11).

Los afligidos no lo son por una pena cualquiera. La que el consuelo que Dios da aquí vale a su compasión por los desamparados (Is. 49, 9-13; 66. 10. 11) Son los que sufren a causa de la situación desoladora por la que pasa el pueblo.

OJO: Al pobre no se le atribuyen cualidades especiales, - ni en la tradición de los profetas ni en de los evangelios -, que los hagan merecedores del reinado de Dios. ¡Considerar los pobres como los buenos, sin pecado etc. es un romanticismo nada bíblico! También son pecadores y merecen la misericordia de Dios como Padre también y primordialmente de los pobres.

Los pobres son proclamados dichosos porque para ellos es el gran regalo de Dios (Lc 12, 30) porque con el reinado de Dios se acaban el desamparo y la ignominia que padecen. (Ez. 34. 27. Is. 25, 6; Sal. 12 6, 1-2).

Pero esta nueva realidad que alborea en la obra de Jesús no es fruto de la justicia humana, sino de la justicia de Dios. Las bienaventuranzas no dicen lo que los desdichados deben hacer-, sino lo que Dios ha decidido hacer a favor de ellos. Esta intervención de Dios, que libera de la opresión, es totalmente gratuita. Dios lo hace no porque se lo merezcan los pobres, sino porque estos hechos revelan fielmente lo que es El (Ez. 34, 27-30).

En Jesús se nos revela cómo reina Dios. Aquí hay una verdadera continuidad con el Antiguo Testamento (Sal. 10, 17-18; Sal. 68, 6-7; 146. 7-1 0) Así es como se manifiesta la grandeza de Dios. Así es como reina Dios.

Dios no le debe nada a nadie. Lo que Dios da a los más sufridos está por encima de todo mérito humano. Su amor es totalmente gratuito. El reine arrancando de pesadez el mal que sufren los desamparados de toda.

En Jesús se nos revela Dios como el Dios de las víctimas, Dios de los pisoteados, Dios de negación, de la arrogancia, de la injusticia y del engaño; Jesús revela un Dios que reina perdonando y liberando de toda atadura. O como el místico de India, Rabindranath Tagore, nos dice en uno de sus poemas: el pobre lo encuentra en el viaje de la vida porque Dios «camina, con la ropa de los miserables, entre los más pobres humildes y perdidos»

De diversas maneras Jesús nos dice que lo que realmente cuenta no es lo que nosotros hacemos sino ante todo lo que hace Dios: perdón, misericordia, gratuidad absoluta, amor sin restricciones para todos sus hijos, liberación de todo lo que deshumaniza. Esto es lo que caracteriza la obra de Dios y nosotros podemos hacer seguidores humildes y pecadores

de esta obra. Por lo tanto, si se exige una cualidad o una disposición de los pobres como causa de beneficio que para ellos representa la intervención salvadora de Dios, se está desconociendo la radicalidad de la gratuidad del amor de Dios; se está rechazando que en Jesús se nos da un nuevo sentido de Dios como Padre-Madre que ama a todos y todas.

Por lo tanto, la opción por los pobres tiene que ser una actitud constante, irrenunciable de la Iglesia. Esta no está a merced de la calidad moral de los pobres, sino de la fidelidad a Dios. No optar total y gratuitamente por los pobres es desconocer a Dios revelado en Jesucristo. Es no aceptar el reinado de Dios, ya que El reina sacando de la cochinita a sus hijos pobres (Sal. 12:5) El texto hebreo dice: “de la mierda”. Aquí hay un juicio muy severo: toda situación que redunde en oprobio y en opresión de la mayoría de la gente es para Dios una mierda.

Huelga decir que la mejor explicación de las bienaventuranzas es el mismo Jesús, su trato con los desdichados, con los pecadores, con los marginados, con los enfermos que ni siquiera pueden expresarse, con el gentío hambriento, con los lisiados y otros enfermos mal vistos a los que cura sin que nadie se lo pida; con la fiesta que provoca para los que carecen de todo; con sus luchas con los poderosos; con sus parábolas sobre la escandalosa misericordia de Dios que hace estallar toda lógica y todo cálculo; con su identificación con los más débiles. Con su esperanza indomable, con su existencia entera Jesús revela lo limitado y gratuito de la justicia y de la ternura de Dios. Esta visión debe ser el punto de arranque de las Bienaventuranzas.

Sobre el párrafo de Le. 4, 17-21: son las primeras palabras de Jesús recordando las de un antiguo profeta (Is. 61, 1-2), para indicar que su misión está en la línea de esta corriente generadora de esperanza, y que lo que a él le interesa es realizar el encargo de Dios para bien de su pueblo oprimido.

Este dato es importante. para todos nosotros cristianos, es decir: gente que en una u otra manera quiere seguir a Jesús. Esta afirmación programática de Jesús se da en un oscuro rincón del Imperio, oscuro incluso dentro de la colonizada Palestina (Jn. 1. 46).

Jesús caracteriza su misión, fruto de la unción del Espíritu del Señor, como causa de gran alegría para el pobre, porque sacar del hambre y de la humillación a las gentes es la mejor manera de dar gloria a Dios (6, 1-5, 6-11, la comida masiva a la orilla del lago de Galilea).

Lo que proclama Jesús es que su misión consiste en arrancar la raíz de lo que amarga la vida y que provoca el desamparo a los pobres; a los ciegos, condenados a la miseria y al desprecio (Mc. 10, 46-48; Jn 9, 1-2); a los presos aplastados por intereses gravosos, a los prisioneros de guerra y a los esclavizados por la imposibilidad de saldar deudas que los intereses volvieron exorbitantes.

Según Jesús en esto consiste el proyecto salvador de Dios; en acabar con lo que trae postración y desolación a su pueblo. Con Jesús comienza el año de gracia del Señor (Lev. 25, 10) - ¡El JUBILEO! Es decir, con Jesús comienza la supresión de lo que acarrea desigualdad y miseria. Con Jesús comienza el regreso a la justicia primigenia requerida por Dios para formar parte de su pueblo. Y todo esto no es una declaración política, sino la provocación de una utopía de

esperanza que se tiene que construir como colaboradores. Es Dios que en última instancia es el arquitecto y el constructor. La provocación bíblica es entrar en la imaginación en 'los últimos términos de los términos últimos'. Es el horizonte definitivo, pero también completamente libre.

El objetivo final del JUBILEO es la aceptación de Dios como rey en todas las esferas de la vida y, por lo tanto, creer en El cómo contrario a todo lo que aplasta y condena a sus hijos. No se trata de defender la bondad de los pobres y de los oprimidos, sino de aceptar la fidelidad y la justicia de Dios. En Hechos de los Apóstoles capítulo dos se radicaliza esta proclamación en una utopía de una sociedad de Jubileo constante: 'Compartían todo cuanto tenían, vendían sus bienes y propiedades y repartían después el dinero entre todos según las necesidades de cada uno'. (Hechos 2:44-45).

No podemos pasar de alto que vivimos a nivel mundial un proceso de 'globalización': mundialización de modelos de gobierno supuestamente democrático, generar interacción a nivel económico mediante tecnología de punta y un mercadeo de productos y servicios a nivel mundial, impregnado con la ideología del liberalismo dominante, el mundo cultural occidental. Para entender mejor la diaconía cristiana tenemos que analizar mas a fondo esta globalización para ubicar la importancia de la contracultura religiosa cristiana y su carácter y misión diaconal.

## **Crítica Teológica-Pastoral a la Globalización Neoliberal**

Es muy urgente analizar con mayor precisión la naturaleza del sistema y su ideología cultural del neoliberalismo en su forma actual. Desde una fe cristiana, donde la defensa de la vida en todas sus formas debe de tener prioridad y es punta de partida de cualquier análisis y por eso un deber para poder dar testimonio de lo que nos mueve, anima e inspira.

El neoliberalismo tiene por supuesto una historia larga de crecimiento, pero por la globalización del sistema y las pretensiones culturales, éticos y espirituales es muy necesario de poner en claro las dimensiones de este sistema en todas sus dimensiones y tener mayor grado de comprensión para trazar líneas pastorales con sus fundamentos teológicos debidos. Solamente así se puede plantear resistencia a los factores deshumanizantes y proponer alternativas reales.

La globalización actual tiene también su historia. El sistema del libre mercado surgió ya en el siglo XVI en Europa y siempre ha buscado su expansión. Es en parte inherente a la 'misión' de la cultura occidental del tiempo de colonialismo e imperialismo y ahora tiene su forma en el sistema económico globalizante, el neoliberalismo. Expansión y creciente concentración son parte de la ley del mercado donde exige libre competencia, pero entre un mínimo de competidores posibles. Las empresas transnacionales fueron dando origen a nuevas y más gigantescas formas de organización

empresarial, haciendo mega-conglomerados que por sí solo tienen hasta mayor capacidad económica que los estados donde tienen su sede. El gran capital global consiguió una simbiosis con los estados nacionales haciendo alianzas de intereses y transformando la población, en gran parte, como simples consumidores, sin participación real en el rumbo de las sociedades donde viven.

En esta era de globalización que poco a poco penetra hasta las últimas rincones del mundo (-¿dónde no hay Coca Cola o Pepsi ?-), las elites del Norte y sus zonas de influencia están revelando una incapacidad creciente para hacer que el aumento de la riqueza y la acumulación del capital vengán acompañados de un mejoramiento de la calidad de vida de todos los ciudadanos de la tierra como un ecosistema. Y las elites del sur, menos numerosas, tratan de adaptarse a través de las políticas de ajustes estructurales al mercado mundial, aumentando sus privilegios a costas de una inmensa exclusión social de porciones numerosas de la población. Se creó un norte (constituido por las elites del norte y del sur) y un sur global (de mayorías pobres, junto a un número creciente de trabajadores y trabajadoras empobrecidos y excluidos del norte), aumentando la fosa entre uno y otro. México ha entrado en este esquema neoliberal desde unos 20 años, con una lentitud inicial, pero a pasos forzados en los últimos sexenios, sobre todo con la firma del Tratado de Libre Comercio y sus ajustes Constitucionales. En el actual gobierno se trata de hacer una política de transformación a un modelo más nacional y nacionalista, la 'cuarta transformación'.

Cuando el Papa actual habla de una crisis de civilización se refiere en gran parte a esta crisis que la globalización del



sistema neoliberal está causando. En función de este tipo de globalización, que esta comandada por el capital, por la tecnología, por la cultura occidental y no por valores éticos o humanísticos, somos testigos de una radical crisis de civilización y cultural. Hacer un llamamiento a una cultura de amor es muy correcto, pero es necesario en qué medida y donde se pone este amor para crear resistencia a un sistema donde el amor se ha degenerado a sentimientos baratos, pasajeros desligados del carácter solidario del amor ‘que da su vida por sus amigos’.

Vivimos un tiempo de transición y de cambio de época. Murieron las utopías y esperanzas del pasado y aun no nacen las alternativas del nuevo siglo. No es tiempo de pasividad o de espera, y menos de confusión o desesperanza. Es tiempo de construcción, poner fundamentos (no de muchos éxitos y triunfos) donde lo cualitativo pesa más que lo cuantitativo. Privilegiamos hoy en día la formación de personas y Comunidades que en el futuro próximo pueden ser sujetos creadores a mediano plazo definir nuevas alternativas, esperanzas, utopías. Es importante reconstruir la esperanza y reformular las utopías. Donde y como: crear fuerzas teóricas, éticas, espirituales organizadamente.

La humanidad, y la Iglesia que opta por la vida, no tiene el poder para construir una alternativa al sistema de globalización, pero si tiene la fuerza para construir una alternativa al espíritu del sistema. Es por eso que el papa actual insiste mucho en ‘ir a la calle’: conocer la realidad, insertarse en el mundo real de los pobres y construir la esperanza.

Esto no es un lujo o pena de algunos locos. Es una invitación y una obligación religiosa que surgen del voto de obediencia a la vida evangélica y salen intrínsecamente del voto de pobreza, que nunca debe hacer un trato con el diablo.

Estar con los pobres para hacer una misa, dirigir una reunión de catequistas, llevar una reunión sobre promoción humana, sobre organización popular, todo esto es bastante fácil, hasta cierto punto. Lo que nos cuesta es “estar con”, compartir con ellos sin ninguna función o tarea especial, pasar el tiempo con ellos bajo un árbol compartiendo penas y alegrías, conversando sobre la vida y los problemas diarios de ese lugar. La inserción es un proceso de encarnación que conlleva el desprendimiento de muchas cosas y estilos de vida, salir de dioses falsos. Supone “salir de”, y así “entrar y vivir con” los pobres la nueva vida de Dios Pobre, como lo “conocemos” en la Gran Tradición.

Esto también tiene relación con el voto de castidad: pensar con pureza, actuar con amor al pobre, permanecer lleno de ternura para la causa y con los pobres hasta que la muerte nos separe. Ello nace de los pobres, de la oración y trascendencia de Dios, que es más grande que nuestros proyectos y deseos, y gracias a los pobres, a ese empeño y opción de construir comunidades, fortalecerlas, hacer organización. En todo esto se nos muestra un estilo de vida, una urgencia y radicalidad de opción de vida, profunda y global. Se dejan muchas cosas: el dinero, la fama, la familia y amigos, el instinto de paternidad, el impulso sexual. Nos hace más sencillos, libres y susceptibles. Es algo que sale de la vida de Jesús mismo: no doblegarse por conveniencia, por comodidad o por misericordia consigo mismo. Implica estar en el lugar donde el diablo opera con pleno vigor, crueldad y potencia.

El pobre, la familia excluida de los bienes necesarios para sobrevivir dignamente en este mundo, es el testimonio vivo, gracioso y lleno de ternura, que por su vida demuestra lo contrario de lo que los grandes economistas, planeadores, ministros de hacienda, etcétera, pretenden. Jesús vino para salvar a los perdidos, a los pecadores, a los que pelean con el diablo y que pierden de vez en cuando, pero que se levantan para caminar de nuevo en busca del pan de cada día. Porque en el centro de la oración de Jesús, el Padre Nuestro, se reza: “y danos hoy nuestro pan de cada día”. ¡No mañana, sino hoy; no mi pan, ¡sino el nuestro! Es la primera plegaria, no de deseos ni de grandes anhelos (“hágase tu voluntad...”), sino imperativa y contundente (danos). Es una obligación y no un acto de caridad ni una cuestión de menos armas, más ayuda internacional y menos conflicto.

### **Situarse en la gran tradición:**

“Así dice Yahvé: Que no se alabe el sabio por su sabiduría, ni el valiente por su valentía, ni el rico por su riqueza. Quien quiera alabarse, que busque su alabanza en esto: en tener inteligencia y conocerme. Yo soy Yahvé, el que tiene compasión, el que hace justicia en la tierra y el que la gobierna conforme a derecho. Éstas son las cosas que me gustan” (Jeremías. 9:22-23. Del mismo libro: “Pobre de aquel que construye su casa con cosas robadas, edificando sus pisos sobre la injusticia. Conocerme no es actuar en esa forma...”. Jeremías. 22:13-17).

Ponerse al lado del pobre es ponerse en la fuente de la gracia. Los pobres son la mediación histórica de nuestra salvación y felicidad. Ellos, con todo lo pecaminoso del ser humano, son el punto de referencia para las verdaderas

relaciones humanas, y su bienestar y su dignidad son la base para configurar un sistema económico que tenga legitimidad, algo de lo que el actual sistema carece. Gracias a los pobres podemos describir el curso de la historia, y sin ellos no entendemos el sentido de nuestra existencia.

En efecto, la esperanza de un futuro feliz viene del pobre, del indígena y del campesino. Son ellos los que dan profundidad al tiempo y cambian el sistema económico que explota, el sistema político que excluye y el sistema social que denigra.

Los pobres evidencian que el sistema no funciona. Son el testimonio de un fracaso constante, porque evidencian los egoísmos y conflictos de la historia humana; pero son también la enorme fuerza que empuja la palanca de los grandes cambios, de nuestra existencia.

En los años sesenta el compromiso con y para los pobres se consideró sobre todo como un acto político. Este compromiso se experimenta más bien como un acto religioso que, por supuesto, está cargado de elementos políticos. En este tiempo había dos corrientes: una que se puede denominar corriente crítica de la sociedad, y otra que se concentraba más en lo religioso. Una dualidad poco fructífera e incomprensible. Fe y acción social -y políticamente sana- son las dos caras de la misma moneda social, aunque sean diferentes en sus perspectivas. La fe sin mística deviene esterilidad e hipocresía.

### **La mística: el mundo del pobre como lugar de gracia:**

Cuando se mira al mundo por los ojos de los pobres que sufren o mueren, éste no se hace más bello, sino más sano y santo. Existe una tradición larga y tortuosa dentro de la historia del cristianismo para entender y mantener viva esta visión de injusticia, sufrimiento, muerte prematura, el pasar por un infierno por otros (“desciendo a los infiernos”). Pero esta visión es el punto de partida para la lucha por la vida y la salvación. No es una moda ni es adaptar viejas tradiciones con caracteres masoquistas. Se trata del meollo de la herencia de la fe cristiana.

“Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado, y al tercer día resucitó de entre los muertos”. Lo proclamaron con grandes palabras, hicieron dogmas de este misterio, pero se trata de la realidad más concreta de la humanidad de hoy en día: los pequeños, humildes, pobres, desdichados, que se ven a sí mismos en estas palabras.

Resucitar de entre los muertos es resucitar entre los pobres y con ellos. Morir la muerte de un esclavo, pasar por el infierno y así crear, hacerse vida, es una visión de fe que se impone con todo el vigor y actualidad. Con esto, el cristianismo no ofrece belleza estética, pues para el cristiano el mundo no es en primer lugar un lugar precioso. Pero este mundo se vuelve, así, un lugar santo: salvo y sano, visto, experimentado y conquistado desde el infierno de injusticia. Comprometerse con la lucha por la justicia en el mundo desde “los de abajo”, el infierno, el lugar donde el diablo del sistema injusto se mueve, devora y ve dónde puede aplastar, no es un lujo o pasatiempo de asociales. Es algo que brota del Evangelio

mismo. Dios en Jesús va a tener faz, cara y carácter desde el descenso a los infiernos. “Por eso Dios lo engrandeció y le concedió el Nombre...y toda lengua proclama que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses. 2:9-11). “Señor”, la señoría de un Basileus que hace los arreglos de la casa para el bien de todos. Esto no es solamente un enunciado teológico, sino sobre todo una visión ética de una mística profunda de dónde se ubican la felicidad, la grandeza del hombre y su economía.

La felicidad está de por medio. Convivir con los jodidos, los excluidos, los despreciados que se pueden explotar como se quiera, da una vida llena de ternura y vigor. Llenarse de bondad y felicidad no es algo que se pueda comprar ni tampoco está en venta, sino que se hace con la gente misma, y se recibe de ella en toda su fragilidad, en situaciones pecaminosas, pero llenas de perdón. Es algo de un pueblo con estatura y grandeza, por el simple hecho de que sabe perdonar. Los ricos nunca perdonan, sino que exigen que el otro les pida perdón. “El rico ofende y encima se ufana. El pobre es ofendido y encima pide perdón” (Eclesiástico. 13:4). Después de más de dos mil años, esto no ha cambiado.

Anunciar alternativas desde el mundo del pobre, es el desafío cristiano religioso por excelencia. Es la economía que comparte, que en conjunto busca alternativas para crear condiciones familiares y comunales de supervivencia con dignidad.

Desde el mundo del indígena campesino he aprendido que esta alternativa no solamente se hace, sino que también se disfruta como un anticipo del Reino. Compartir, solidarizarse en organizaciones sociales, culturales y hasta políticas, buscar

nichos sólidos y solidarios en el mercado mundial, son signos del Reino. La expresión de una responsabilidad por la tierra, no explotándola, sino defendiéndola y cuidándola mediante las formas de una agricultura ecológica, es otro signo.

Implica el rechazo de la riqueza, que por definición solamente es posible mediante el robo, la explotación, la mala distribución, etcétera. No es algo personal, sino estructural. Con las leyes y la Constitución en la mano se puede ser rico y dar un poco a los pobres, por costumbre o por necesidad, para no tener que ver, y así ocultar la realidad.

Profesar la pobreza en dignidad es algo peligroso por su doble filo, pero da qué pensar. Hacer entre la gente la felicidad, que no está en venta y que tampoco se puede comprar. Sin embargo, el sistema actual ha hecho un dogma de lo contrario: la felicidad se puede comprar y está en venta en la gran ciudad. Pero es la realidad de una minoría en el mundo actual. Seamos democráticos y vayamos con la mayoría. Por eso, resistamos.

La minoría piensa que su vida, sus logros, su riqueza, su nivel de vida es el medidor para todos y por todos los tiempos venideros. Pero se niega a reconocer que este planteamiento ha creado una situación donde hay excluidos y pobres, e incluidos y desarrollados. Pero ¿quién ha inventado esto? Es la minoría, para no tener problemas con la mayoría. Es un mundo muy extraño y raro.

La Iglesia vive el sistema, pero rechaza el espíritu del sistema. Vivir en contra del espíritu del sistema. Los mismos economistas distinguen entre el sistema y el espíritu del sistema.

Existe al interior del sistema económico y político una dimensión cultural, ética y espiritual. No podemos reducir el análisis de la globalización a una visión empírica de la economía o de la política. Normalmente este tipo de análisis está ausente en la economía. El economicismo nunca llega a romper la lógica del sistema, ni es tampoco capaz de reconstruir la esperanza y la utopía al interior del mismo.

Vivimos cada día más claras un proceso llamado de globalización. Este proceso se ha venido representado a sí mismo como una forma de distribución desigual de las condiciones de riqueza y pobreza entre diferentes clases sociales, grupos étnicos, regiones y naciones alrededor del mundo. Algunos lo llaman el mundo de los incluidos y de los excluidos. Todo esto causado por la emergencia de dependencias e interdependencias, y la integración de economías regionales y nacionales a una economía mundial a través de la expansión del capitalismo a una escala mundial. El discurso de la globalización, en manos de un sector neoconservador esta no solamente defiende el libre movimiento de bienes y servicios entre las fronteras nacionales sino también defiende la redefinición de trabajo, la producción y el consumo dentro de las limites nacionales. Implica que la atención social, medica, de los ancianos, de los desempleados cada vez se considera de menos importancia. Mas competencia, menos compasión parece ser modo normal.

La globalización, en la medida que es excluyendo la mayorías y destructora de la naturaleza, es esa medida tienen una cultura, una ética y una espiritualidad más de muerte que de vida.



La Iglesia defiende la vida de los excluidos y que no tiene el espíritu del sistema de globalización, puede construir al interior del sistema una resistencia cultural, ética y espiritual al mismo sistema de globalización.

Puede construir una cultura de vida, contra la cultura de muerte del sistema: una ética del ser, contra una ética del tener; una ética de solidaridad y justicia, y no solo una ética fundada en los valores de eficiencia y competitividad del mercado; una ética donde la vida es absoluta, por encima de la ley.

La Iglesia vive la espiritualidad del Dios de la vida contra la idolatría de muerte del sistema globalización. El mercado, ciencia y tecnología, en si positivas, se idolatran cuando se absolutizan y se presentan como sujetos, dioses o Mesías, que salvarían a la humanidad de todos los males incluso de la muerte.

Las religiones y las iglesias fueron en el reciente pasado en gran medida cooptadas por ese sistema que siempre busca socios en su afán de expansión. En los países centrales perdieron en gran medida su capacidad profético-crítica. En los países periféricos se verifico, como una bendición, que sectores importantes del cristianismo comprendieron en una u otra manera el pecado social y estructural de este tipo de orden, con todas sus implicaciones para el sujeto, individuo, la persona.

Tomaron partido por las víctimas, por la opción preferencial por los pobres y recuperaron la memoria liberadora de la práctica de Jesús y de su evangelio. La Iglesia descubrió los rostros deformados por la crueldad del sistema, no solamente en su forma de explotación, exclusión, sino también en su deformadora de la persona.

## **Discernimiento profético y bíblico de la globalización.**

### **• Evangelio y cartas de Juan:**

Central en las Cartas de Juan: la situación del creyente, como alguien que está en el mundo, pero que no es del mundo.. El ‘mundo’ es en esta tradición bíblica una determinada organización de la sociedad totalmente cerrada a la acción de Dios y dominada por las fuerzas del mal y de la muerte: Todo lo que hay en el mundo - la tendencia a la muerte, la codicia, y la jactancia de la riqueza, no viene del Padre, sino del mundo (1Jn 2.16). Los cristianos están en el mundo, no huyen del mundo, pero viven en el mundo con un espíritu contrario de este mundo.

Jesús dice a sus discípulos, que Dios les ha dado a ellos: ‘el Espíritu de la Verdad que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero ustedes lo conocen porque mora en ustedes y en ustedes esta. (Jn.14,17) (vea Jn 17,14-16)

Vivimos dentro de un sistema del mercado total, cuya globalización es tan absoluta, que no es posible huir o vivir fuera de él, pero si es posible vivir en contra de la racionalidad o espiritualidad que lo anima.

Evangelio de Juan es un evangelio de una espiritualidad de resistencia al interior del mundo, y no una huida del mundo.

### **• Efesios 6,10-20.**

La resistencia de la comunidad cristiana en un sistema globalmente pervertido: esto lo vemos en Ef 6,10-12.

La resistencia de los cristianos no es contra tal o cual institución o persona, sino contra los poderes que controlan este

mundo, y, sobre todo, contra las fuerzas sobrenaturales del mal que están por detrás de estos poderes y estructuras opresoras. Es una resistencia fundamentalmente espiritual, contra los poderes invisibles y sobrenaturales del mal al interior del sistema. Que son las armas contra: Ef. 6,13'20: la verdad, la justicia, la paz, la fe, la oración y la vigilancia permanente y especialmente 'la espada del Espíritu que es la palabra de Dios.'

• **2 Tes. 2,1-12.**

Este texto trata de calmar los ánimos de la gente de la comunidad referente a la segunda venida del Señor. El texto dice que la venida del impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos y todo tipo de maldades. Toda esta demostración satánica de poder va a seducir a los que no tienen el amor de la verdad: los que creen en la mentira, los que no creen en la verdad y que se complacen en la iniquidad (Vea 9-12). Esta descripción negativa de los que sucumben al anticristo, nos permite deducir en positivo quien es el que lo detiene: justamente que tiene amor de la verdad, el que no cree en la mentira, el que cree en la verdad y no se complace en la iniquidad. Esta práctica de la verdad y de la justicia es lo que detiene al anticristo.

La idolatría de mercado actual es hoy día en cierto modo ese misterio de la iniquidad que ya está actuando en el mundo. Lo que detiene al anticristo o misterio de la iniquidad es la resistencia cultural, ética y espiritual al interior del sistema idolatro de globalización neoliberal. El que detiene el misterio de la iniquidad es también la comunidad cristiana que sigue los mismos criterios de vida y de verdad, la iglesia que resiste a la idolatría del mercado y que cree en el Dios de la vida.



## Opciones pastorales y líneas de acción

- **Construcción de fundamentos: más vale encender una luz que maldecir las tinieblas.**

Vivimos un tiempo de transición y de cambio de época. Murieron las utopías y esperanzas del pasado y aun no nacen las alternativas del nuevo siglo. No es tiempo de pasividad o de espera, y menos de confusión o desesperanza. Es tiempo de construcción. Privilegiamos hoy en día la formación de personas y Comunidades que en el futuro próximo pueden ser sujetos creadores a mediano plazo definir nuevas alternativas, esperanzas, utopías. Es importante reconstruir la esperanza y reformular las utopías. Donde y como: crear fuerzas teóricas, éticas, espirituales. No tiene sentido de oponer el sistema, hacer rebelión religiosa y cultural cuando no hay una propuesta de resistencia y construcción en la base de la población de creyentes en valores del evangelio: ¡organizar la esperanza!

- **Un nuevo espacio para la esperanza.**

Por donde pasa hoy día la esperanza del pueblo pobre y sencillo: una pregunta fundamental.

En el pasado la esperanza pasaba en gran medida por la sociedad política, por la toma del poder en función de transformación radical y global del sistema. Hoy este espacio político es cada día más reducido y llega a ser un espacio imposible, irrelevante, e incluso corrupto. La economía

internacional tiende a determinarlo todo, dejando muy poco espacio a las determinaciones locales y nacionales. Las políticas nacionales se hacen irrelevantes, frente al macro determinismo económico del mercado total y de la globalización. La lucha por el poder ha sido acaparada por los clanes económicos que se disputan ese poder para sus propios intereses. La conquista del poder ya no es el resultado del libre ejercicio de la política, sino asunto del dinero y de mercadeo. Quedan todavía algunos espacios políticos locales donde la conquista del poder puede ser todavía significativo como es sistema de uso y costumbres, por ejemplo. En este contexto la esperanza del pueblo se desplaza desde la política hacia la sociedad civil.

Ya no se trata de tomar el poder, sino de construir un nuevo poder desde abajo, desde la base, desde las Comunidades y movimientos sociales. Irrumpen nuevos actores sociales y una nueva consciencia, donde no solo se da la dimensión política de clase social, sino también y en forma determinante la dimensión de género, raza, cultura, generación (jóvenes) y naturaleza (ecología). Igualmente adquiere relevancia dimensiones olvidadas de la subjetividad, corporeidad, cotidianeidad, de lo lúdico, lo festivo y lo gratuito y toda dimensión ética, espiritual y trascendente del ser humano. Esto exige de la Iglesia una mayor inserción en la base popular, revalorando la religiosidad popular cristiano, caracterizado por su resistencia y esperanza. Es el campo por excelencia de la diaconía por desarrollo de Comunidades de base y movimientos espirituales al interior de los diferentes movimientos sociales. El mismo desarrollo histórico exige a la iglesia un modelo de Iglesia-Pueblo de Dios, comunión de Comunidades y movimientos, parte de la sinodalidad de la Iglesia.

• **La Iglesia entre la inculturación y la globalización.**

La Iglesia tienen que elegir entre la inculturación y la globalización, la nueva forma de imperio colonial. Desde el tercer Mundo necesitamos una iglesia católica, no una iglesia global. El cristianismo solo puede recuperar su credibilidad por el camino de la inculturación. Si la globalización oprime al Sur, la inculturación juzga al Norte. La inculturación del evangelio o evangelización inculturada es el gran tribunal de la historia donde occidente es sometido al juicio. En este juicio la Iglesia debe ser defensora de la vida y de las culturas de los pueblos en contra de la globalización.





## Conclusiones

La diaconía constituye un elemento fundamental y fundante para la vida de la Iglesia, sobre todo la Iglesia local, diocesana. Ya hay varias experiencias nuevas y recientes de la recuperación no solamente del ministerio de diáconos (¡y ojalá pronto diaconesas!) en diferentes formas de diáconos permanentes que no solamente apoyan a la vida de la Iglesia local, sino dan expresión viva de la vida cristiana en nuestra sociedad. Planes Pastorales diocesanas pueden y deben articular este ministerio como fundante de la vida diocesana. Aprender de las experiencias como en la diócesis de San Cristóbal en México o de Quiche en Guatemala y otras nos pueden ayudarnos mucho. Es urgente y necesario para la vida cristiana y la Iglesia.

Para terminar estas reflexiones retomo un texto del Papa Francisco muy poco difundido y de suma importancia sobre diaconía y doctrina social de la Iglesia y copiamos aquí íntegro como reflexión eclesial.

El Papa Francisco pronunció este discurso en el encuentro con los movimientos populares reunidos en esta ciudad boliviana. A continuación, el texto completo del mismo (las cursivas indican las palabras que improvisó el Santo Padre):

*Hermanos, hermanas.* Buenas tardes a todos.

Hace algunos meses nos reunimos en Roma y tengo presente ese primer encuentro nuestro. Durante este tiempo los he llevado en mi corazón y *en mis* oraciones. Me alegra verlos de nuevo

aquí, debatiendo los mejores caminos para superar las graves situaciones de injusticia que sufren los excluidos en todo el mundo. Gracias Señor Presidente Evo Morales por acompañar tan decididamente este Encuentro.

Aquella vez en Roma sentí algo muy lindo: fraternidad, garra, entrega, sed de justicia. Hoy, en Santa Cruz de la Sierra, vuelvo a sentir lo mismo. Gracias por eso. También he sabido por medio del Pontificio Consejo Justicia y Paz que preside el Cardenal Turkson, que son muchos en la Iglesia los que se sienten más cercanos a los movimientos populares. ¡Me alegra tanto! Ver la Iglesia con las puertas abiertas a todos Ustedes, que se involucre, acompañe y logre sistematizar en cada diócesis, en cada Comisión de Justicia y Paz, una colaboración real, permanente y comprometida con los movimientos populares. Los invito a todos, Obispos, sacerdotes y laicos, junto a las organizaciones sociales de las periferias urbanas y rurales, a profundizar ese encuentro.

Dios permite que hoy nos veamos otra vez. La Biblia nos recuerda que Dios escucha el clamor de su pueblo y quisiera yo también volver a unir mi voz a la de Ustedes: “*Las famosas tres T*”: tierra, techo y trabajo para todos nuestros hermanos y hermanas. Lo dije y lo repito: son derechos sagrados. Vale la pena, vale la pena luchar por ellos. Que el clamor de los excluidos se escuche en América Latina y en toda la tierra.

Primero de todo.

1. Empecemos reconociendo que necesitamos un cambio. Quiero aclarar, para que no haya malos entendidos, que hablo de los problemas comunes de todos los latinoamericanos y, en general *también* de toda la humanidad. Problemas que

tienen una matriz global y que hoy ningún Estado puede resolver por sí mismo. Hecha esta aclaración, propongo que nos hagamos estas preguntas:

- ¿Reconocemos que las cosas no andan bien en un mundo donde hay tantos campesinos sin tierra, tantas familias sin techo, tantos trabajadores sin derechos, tantas personas heridas en su dignidad?

- ¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando estallan tantas guerras sin sentido y la violencia fratricida se adueña hasta de nuestros barrios? ¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando el suelo, el agua, el aire y todos los seres de la creación están bajo permanente amenaza?

Entonces, digámoslo sin miedo: necesitamos y queremos un cambio.

Ustedes –en sus cartas y en nuestros encuentros– me han relatado las múltiples exclusiones e injusticias que sufren en cada actividad laboral, en cada barrio, en cada territorio. Son tantas y tan diversas como tantas y diversas sus formas de enfrentarlas. Hay, sin embargo, un hilo invisible que une cada una de esas exclusiones, ¿podemos reconocerlo? Porque no se trata de cuestiones aisladas. Me pregunto si somos capaces de reconocer que estas realidades destructoras responden a un sistema que se ha hecho global. ¿Reconocemos que este sistema ha impuesto la lógica de las ganancias a cualquier costo sin pensar en la exclusión social o la destrucción de la naturaleza?

Si *esto* así, insisto, digámoslo sin miedo: queremos un cambio, un cambio real, un cambio de estructuras. Este sistema ya no se aguanta, no lo aguantan los campesinos, no lo aguantan los trabajadores, no lo aguantan las comunidades, no lo aguantan los Pueblos... Y tampoco lo aguanta la Tierra, la hermana Madre Tierra como decía San Francisco.

Queremos un cambio en nuestras vidas, en nuestros barrios, en el pago chico, en nuestra realidad más cercana; también un cambio que toque al mundo entero porque hoy la interdependencia planetaria requiere respuestas globales a los problemas locales. La globalización de la esperanza, que nace de los Pueblos y crece entre los pobres, debe sustituir esta globalización de la exclusión y la indiferencia.

Quisiera hoy reflexionar con Ustedes sobre el cambio que queremos y necesitamos. Saben que escribí recientemente sobre los problemas del cambio climático. Pero, esta vez, quiero hablar de un cambio en el otro sentido. Un cambio positivo, un cambio que nos haga bien, un cambio –podríamos decir– redentor. Porque lo necesitamos.

Sé que Ustedes buscan un cambio y no sólo ustedes: en los distintos encuentros, en los distintos viajes he comprobado que existe una espera, una fuerte búsqueda, un anhelo de cambio en todos los Pueblos del mundo. Incluso dentro de esa minoría cada vez más reducida que cree beneficiarse con este sistema reina la insatisfacción y especialmente la tristeza. Muchos esperan un cambio que los libere de esa tristeza individualista que esclaviza.

El tiempo, hermanos, hermanas, el tiempo parece que se estuviera agotando; no alcanzó el pelearnos entre nosotros,

sino que hasta nos ensañamos con nuestra casa. Hoy la comunidad científica acepta lo que hace, ya desde hace mucho tiempo denuncian los humildes: se están produciendo daños tal vez irreversibles en el ecosistema.

Se está castigando a la tierra, a los pueblos y las personas de un modo casi salvaje. Y detrás de tanto dolor, tanta muerte y destrucción, se huele el tufo de eso que Basilio de Cesarea llamaba «el estiércol del diablo». La ambición desenfadada de dinero que gobierna. *Ese es el estiércol del diablo*. El servicio para el bien común queda relegado. Cuando el capital se convierte en ídolo y dirige las opciones de los seres humanos, cuando la avaricia por el dinero tutela todo el sistema socioeconómico, arruina la sociedad, condena al hombre, lo convierte en esclavo, destruye la fraternidad interhumana, enfrenta pueblo contra pueblo y, como vemos, incluso pone en riesgo esta nuestra casa común.

No quiero extenderme describiendo los efectos malignos de esta sutil dictadura: ustedes los conocen. Tampoco basta con señalar las causas estructurales del drama social y ambiental contemporáneo. Sufrimos cierto exceso de diagnóstico que a veces nos lleva a un pesimismo charlatán o a regodearnos en lo negativo. Al ver la crónica negra de cada día, creemos que no hay nada que se puede hacer salvo cuidarse a uno mismo y al pequeño círculo de la familia y los afectos.

¿Qué puedo hacer yo, cartonero, catadora, pepenador, recicladora frente a tantos problemas si apenas gano para comer? ¿Qué puedo hacer yo artesano, vendedor ambulante, transportista, trabajador excluido si ni siquiera tengo derechos laborales? ¿Qué puedo hacer yo, campesina, indígena, pescador que apenas puedo resistir el avasallamiento de

las grandes corporaciones? ¿Qué puedo hacer yo desde mi villa, mi chabola, mi población, mi rancharío cuando soy diariamente discriminado y marginado? ¿Qué puede hacer ese estudiante, ese joven, ese militante, ese misionero que patea las barriadas y los parajes con el corazón lleno de sueños, pero casi sin ninguna solución para sus problemas?

Pueden hacer mucho. *Pueden hacer mucho*. Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres y excluidos, pueden y hacen mucho. Me atrevo a decirles que el futuro de la humanidad está, en gran medida, en sus manos, en su capacidad de organizarse y promover alternativas creativas, en la búsqueda cotidiana de «las tres T» *¿De acuerdo?* (trabajo, techo, tierra) y también, en su participación protagónica en los grandes procesos de cambio, Cambios nacionales, *cambios* regionales y *cambios* mundiales. ¡No se achiquen!

Ustedes son sembradores de cambio. Aquí en Bolivia he escuchado una frase que me gusta mucho: «proceso de cambio». El cambio concebido no como algo que un día llegará porque se impuso tal o cual opción política o porque se instauró tal o cual estructura social. Dolorosamente sabemos que un cambio de estructuras que no viene acompañado de una sincera conversión de las actitudes y del corazón termina a la larga o a la corta por burocratizarse, corromperse y sucumbir.

Por eso me gusta tanto la imagen del proceso, *los procesos*, donde la pasión por sembrar, por regar serenamente lo que otros verán florecer, reemplaza la ansiedad por ocupar todos los espacios de poder disponibles y ver resultados inmediatos. *La opción es por generar proceso y no por ocupar*

*espacios*. Cada uno de nosotros no es más que parte de un todo complejo y diverso interactuando en el tiempo: pueblos que luchan por una significación, por un destino, por vivir con dignidad, por «vivir bien». *Dignamente, en ese sentido*.

Ustedes, desde los movimientos populares, asumen las labores de siempre motivados por el amor fraterno que se revela contra la injusticia social. Cuando miramos el rostro de los que sufren, el rostro del campesino amenazado, del trabajador excluido, del indígena oprimido, de la familia sin techo, del migrante perseguido, del joven desocupado, del niño explotado, de la madre que perdió a su hijo en un tiroteo porque el barrio fue copado por el narcotráfico, del padre que perdió a su hija porque fue sometida a la esclavitud; cuando recordamos esos «rostros y esos nombres» se nos estremecen las entrañas frente a tanto dolor y nos conmovemos... *Todos nos conmovemos*, porque «hemos visto y oído», no la fría estadística sino las heridas de la humanidad doliente, nuestras heridas, nuestra carne. Eso es muy distinto a la teorización abstracta o la indignación elegante. Eso nos conmueve, nos mueve y buscamos al otro para movernos juntos. Esa emoción hecha acción comunitaria no se comprende únicamente con la razón: tiene un plus de sentido que sólo los pueblos entienden y que da su mística particular a los verdaderos movimientos populares.

Ustedes viven cada día, empapados, en el nudo de la tormenta humana. Me han hablado de sus causas, me han hecho parte de sus luchas *ya desde Buenos Aires* y yo se los agradezco. Ustedes, queridos hermanos, trabajan muchas veces en lo pequeño, en lo cercano, en la realidad injusta que se les impuso y a la que no se resignan, oponiendo una resistencia activa al sistema idolátrico que excluye, degrada y mata.

Los he visto trabajar incansablemente por la tierra y la agricultura campesina, por sus territorios y comunidades, por la dignificación de la economía popular, por la integración urbana de sus villas, por la autoconstrucción de viviendas y el desarrollo de infraestructura barrial, y en tantas actividades comunitarias que tienden a la reafirmación de algo tan elemental e innegablemente necesario como el derecho a «las tres T»: tierra, techo y trabajo.

Ese arraigo al barrio, a la tierra, al oficio, al gremio, ese reconocerse en el rostro del otro, esa proximidad del día a día, con sus miserias porque las hay, las tenemos y sus heroísmos cotidianos, es lo que permite ejercer el mandato del amor, no a partir de ideas o conceptos sino a partir del encuentro genuino entre personas, necesitamos instaurar esta cultura del encuentro porque ni los conceptos ni las ideas se aman; se aman las personas.

La entrega, la verdadera entrega surge del amor a hombres y mujeres, niños y ancianos, pueblos y comunidades... rostros y nombres que llenan el corazón. De esas semillas de esperanza sembradas pacientemente en las periferias olvidadas del planeta, de esos brotes de ternura que lucha por subsistir en la oscuridad de la exclusión, crecerán árboles grandes, surgirán bosques tupidos de esperanza para oxigenar este mundo.

Veo con alegría que ustedes trabajan en lo cercano, cuidando los brotes; pero, a la vez, con una perspectiva más amplia, protegiendo la arboleda. Trabajan en una perspectiva que no sólo aborda la realidad sectorial que cada uno de ustedes representa y a la que felizmente está arraigado, sino que también buscan resolver de raíz los problemas generales de pobreza, desigualdad y exclusión.



Los felicito por eso. Es imprescindible que, junto a la reivindicación de sus legítimos derechos, los Pueblos y sus organizaciones sociales construyan una alternativa humana a la globalización excluyente. Ustedes son sembradores del cambio. Que Dios les dé coraje, alegría, perseverancia y pasión para seguir sembrando. Tengan la certeza que tarde o temprano vamos de ver los frutos.

A los dirigentes les pido: sean creativos y nunca pierdan el arraigo a lo cercano, porque el padre de la mentira sabe usurpar palabras nobles, promover modas intelectuales y adoptar poses ideológicas, pero si ustedes construyen sobre bases sólidas, sobre las necesidades reales y la experiencia viva de sus hermanos, de los campesinos e indígenas, de los trabajadores excluidos y las familias marginadas, seguramente no se van a equivocar.

La Iglesia no puede ni debe ser ajena a este proceso en el anuncio del Evangelio. Muchos sacerdotes y agentes pastorales cumplen una enorme tarea acompañando y promoviendo a los excluidos en todo el mundo, junto a cooperativas, impulsando emprendimientos, construyendo viviendas, trabajando abnegadamente en los campos de la salud, el deporte y la educación. Estoy convencido que la colaboración respetuosa con los movimientos populares puede potenciar estos esfuerzos y fortalecer los procesos de cambio.

Y tengamos siempre presente en el corazón a la Virgen María, una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio, una madre sin techo que supo transformar una cueva de animales en la casa de Jesús con unos pañales y una montaña de ternura. María es signo

de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Yo rezo a la virgen tan venerada por el pueblo boliviano para que permita que este Encuentro nuestro sea fermento de cambio. *El cura habla largo parece ¿no? Nooo (responden todos).*

Por último, quisiera que pensemos juntos algunas tareas importantes para este momento histórico, porque queremos un cambio positivo para el bien de todos nuestros hermanos y hermanas, eso lo sabemos. Queremos un cambio que se enriquezca con el trabajo mancomunado de los gobiernos, los movimientos populares y otras fuerzas sociales, eso también lo sabemos. Pero no es tan fácil definir el contenido del cambio, podría decirse, el programa social que refleje este proyecto de fraternidad y justicia que esperamos, *no es fácil de definir.*

En ese sentido, no esperen de este Papa una receta. Ni el Papa ni la Iglesia tienen el monopolio de la interpretación de la realidad social ni la propuesta de soluciones a los problemas contemporáneos. Me atrevería a decir que no existe una receta. La historia la construyen las generaciones que se suceden en el marco de pueblos que marchan buscando su propio camino y respetando los valores que Dios puso en el corazón.

Quisiera, sin embargo, proponer tres grandes tareas que requieren el decisivo aporte del conjunto de los movimientos populares:

3.1. La primera tarea es poner la economía al servicio de los Pueblos: Los seres humanos y la naturaleza no deben estar al servicio del dinero. Digamos NO a una economía

de exclusión e inequidad donde el dinero reina en lugar de servir. Esa economía mata. Esa economía excluye. Esa economía destruye la Madre Tierra.

La economía no debería ser un mecanismo de acumulación sino la adecuada administración de la casa común. Eso implica cuidar celosamente la casa y distribuir adecuadamente los bienes entre todos. Su objeto no es únicamente asegurar la comida o un “decoroso sustento”. Ni siquiera, aunque ya sería un gran paso, garantizar el acceso a «las tres T» por las que ustedes luchan. Una economía verdaderamente comunitaria, podría decir, una economía de inspiración cristiana, debe garantizar a los pueblos dignidad «prosperidad sin exceptuar bien alguno» . *Esta última frase la dijo el Papa Juan XXIII hace 50 años. Jesús dice en el evangelio que aquel que le dé espontáneamente un vaso de agua cuando tiene sed será acogido en el reino de los cielos.* Esto implica «las tres T» pero también acceso a la educación, la salud, la innovación, las manifestaciones artísticas y culturales, la comunicación, el deporte y la recreación.

Una economía justa debe crear las condiciones para que cada persona pueda gozar de una infancia sin carencias, desarrollar sus talentos durante la juventud, trabajar con plenos derechos durante los años de actividad y acceder a una digna jubilación en la ancianidad. Es una economía donde el ser humano en armonía con la naturaleza, estructura todo el sistema de producción y distribución para que las capacidades y las necesidades de cada uno encuentren un cauce adecuado en el ser social. Ustedes, y también otros pueblos, resumen este anhelo de una manera simple y bella: «vivir bien». *Que no es lo mismo que ver pasar la vida.*

Esta economía no es sólo deseable y necesaria sino también posible. No es una utopía ni una fantasía. Es una perspectiva extremadamente realista. Podemos lograrlo. Los recursos disponibles en el mundo, fruto del trabajo intergeneracional de los pueblos y los dones de la creación, son más que suficientes para el desarrollo integral de «todos los hombres y de todo el hombre».

El problema, en cambio, es otro. Existe un sistema con otros objetivos. Un sistema que además de acelerar irresponsablemente los ritmos de la producción, además de implementar métodos en la industria y la agricultura que dañan la Madre Tierra en aras de la «productividad», sigue negándoles a miles de millones de hermanos los más elementales derechos económicos, sociales y culturales. Ese sistema atenta contra el proyecto de Jesús. *Contra la Buena Noticia que trajo Jesús.*

La distribución justa de los frutos de la tierra y el trabajo humano no es mera filantropía. Es un deber moral. Para los cristianos, la carga es aún más fuerte: es un mandamiento. Se trata de devolverles a los pobres y a los pueblos lo que les pertenece.

El destino universal de los bienes no es un adorno discursivo de la doctrina social de la Iglesia. Es una realidad anterior a la propiedad privada. La propiedad, muy en especial cuando afecta los recursos naturales, debe estar siempre en función de las necesidades de los pueblos. Y estas necesidades no se limitan al consumo. No basta con dejar caer algunas gotas cuando lo pobres agitan esa copa que nunca derrama por sí sola. Los planes asistenciales que atienden ciertas urgencias sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras, *coyunturales*. Nunca

podrán sustituir la verdadera inclusión: ésa que da el trabajo digno, libre, creativo, participativo y solidario.

Y en este camino, los movimientos populares tienen un rol esencial, no sólo exigiendo y reclamando, sino fundamentalmente creando. Ustedes son poetas sociales: creadores de trabajo, constructores de viviendas, productores de alimentos, sobre todo para los descartados por el mercado mundial.

He conocido de cerca distintas experiencias donde los trabajadores unidos en cooperativas y otras formas de organización comunitaria lograron crear trabajo donde sólo había sobras de la economía idolátrica y *vi que algunos están aquí*. Las empresas recuperadas, las ferias francas y las cooperativas de cartoneros son ejemplos de esa economía popular que surge de la exclusión y, de a poquito, con esfuerzo y paciencia, adopta formas solidarias que la dignifican. ¡Y qué distinto es eso a que los descartados por el mercado formal sean explotados como esclavos!

Los gobiernos que asumen como propia la tarea de poner la economía al servicio de los pueblos deben promover el fortalecimiento, mejoramiento, coordinación y expansión de estas formas de economía popular y producción comunitaria.

Esto implica mejorar los procesos de trabajo, proveer infraestructura adecuada y garantizar plenos derechos a los trabajadores de este sector alternativo. Cuando Estado y organizaciones sociales asumen juntos la misión de «las tres T» se activan los principios de solidaridad y subsidiariedad que permiten edificar el bien común en una democracia plena y participativa.

3.2. La segunda tarea, *eran 3*, es unir nuestros Pueblos en el camino de la paz y la justicia.

Los pueblos del mundo quieren ser artífices de su propio destino. Quieren transitar en paz su marcha hacia la justicia. No quieren tutelajes ni injerencias donde el más fuerte subordina al más débil. Quieren que su cultura, su idioma, sus procesos sociales y tradiciones religiosas sean respetados.

Ningún poder fáctico o constituido tiene derecho a privar a los países pobres del pleno ejercicio de su soberanía y, cuando lo hacen, vemos nuevas formas de colonialismo que afectan seriamente las posibilidades de paz y de justicia porque «la paz se funda no sólo en el respeto de los derechos del hombre, sino también en los derechos de los pueblos particularmente el derecho a la independencia».

Los pueblos de Latinoamérica parieron dolorosamente su independencia política y, desde entonces llevan casi dos siglos de una historia dramática y llena de contradicciones intentando conquistar una independencia plena.

En estos últimos años, después de tantos desencuentros, muchos países latinoamericanos han visto crecer la fraternidad entre sus pueblos. Los gobiernos de la Región aunaron esfuerzos para hacer respetar su soberanía, la de cada país y la del conjunto regional, que tan bellamente, como nuestros Padres de antaño, llaman la «Patria Grande». Les pido a ustedes, hermanos y hermanas de los movimientos populares, que cuiden y acrecienten esa unidad. Mantener la unidad frente a todo intento de división es necesario para que la región crezca en paz y justicia.

A pesar de estos avances, todavía subsisten factores que atentan contra este desarrollo humano equitativo y coartan la soberanía de los países de la «Patria Grande» y otras latitudes del planeta. El nuevo colonialismo adopta diversas fachadas. A veces, es el poder anónimo del ídolo dinero: corporaciones, prestamistas, algunos tratados denominados «de libres comercio» y la imposición de medidas de «austeridad» que siempre ajustan el cinturón de los trabajadores y de los pobres.

Los obispos latinoamericanos lo denunciarnos con total claridad en el documento de Aparecida cuando afirman que «las instituciones financieras y las empresas transnacionales se fortalecen al punto de subordinar las economías locales, sobre todo, debilitando a los Estados, que aparecen cada vez más impotentes para llevar adelante proyectos de desarrollo al servicio de sus poblaciones». En otras ocasiones, bajo el noble ropaje de la lucha contra la corrupción, el narcotráfico o el terrorismo –graves males de nuestros tiempos que requieren una acción internacional coordinada– vemos que se impone a los Estados medidas que poco tienen que ver con la resolución de esas problemáticas y muchas veces empeora las cosas.

Del mismo modo, la concentración monopólica de los medios de comunicación social que pretende imponer pautas alienantes de consumo y cierta uniformidad cultural es otra de las formas que adopta el nuevo colonialismo. Es el colonialismo ideológico. Como dicen los Obispos de África, muchas veces se pretende convertir a los países pobres en «piezas de un mecanismo y de un engranaje gigantesco».

Hay que reconocer que ninguno de los graves problemas de la humanidad se puede resolver sin interacción entre los Estados y los pueblos a nivel internacional. Todo acto de envergadura realizado en una parte del planeta repercute en todo en términos económicos, ecológicos, sociales y culturales. Hasta el crimen y la violencia se han globalizado. Por ello ningún gobierno puede actuar al margen de una responsabilidad común.

Si realmente queremos un cambio positivo, tenemos que asumir humildemente nuestra interdependencia, *es decir, nuestra sana interdependencia*. Pero interacción no es sinónimo de imposición, no es subordinación de unos en función de los intereses de otros. El colonialismo, nuevo y viejo, que reduce a los países pobres a meros proveedores de materia prima y trabajo barato, engendra violencia, miseria, migraciones forzadas y todos los males que vienen de la mano... precisamente porque al poner la periferia en función del centro le niega el derecho a un desarrollo integral. *Y eso hermanos* es inequidad y la inequidad genera violencia que no habrá recursos policiales, militares o de inteligencia capaces de detener.

Digamos NO entonces a las viejas y nuevas formas de colonialismo. Digamos SÍ al encuentro entre pueblos y culturas. Felices los que trabajan por la paz.

Y aquí quiero detenerme en un tema importante. Porque alguno podrá decir, con derecho, que «cuando el Papa habla del colonialismo se olvida de ciertas acciones de la Iglesia». Les digo, con pesar: se han cometido muchos y graves pecados contra los pueblos originarios de América en nombre de Dios. Lo han reconocido mis antecesores, lo ha dicho el



CELAM *El Consejo Episcopal Latinoamericano* y también quiero decirlo. Al igual que San Juan Pablo II pido que la Iglesia y cito lo que dijo Él «se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos». Y quiero decirles, quiero ser muy claro, como lo fue San Juan Pablo II: pido humildemente perdón, no sólo por las ofensas de la propia Iglesia sino por los crímenes contra los pueblos originarios durante la llamada conquista de América.

*Y junto a este pedido de perdón y para ser justos también quiero que recordemos a millares de sacerdotes, obispos que se opusieron fuertemente a la lógica de la espada con la fuerza de la cruz. Hubo pecado y abundante, pero no pedimos perdón y por eso pido perdón, pero allí también donde hubo abundante pecado, sobreabundó la gracia a través de esos hombres de esos pueblos originarios. También les pido a todos, creyentes y no creyentes, que se acuerden de tantos Obispos, sacerdotes y laicos que predicaron y predicán la buena noticia de Jesús con coraje y mansedumbre, respeto y en paz; No me quiero olvidar de las monjitas que anónimamente van a los barrios pobres llevando un mensaje de paz y dignidad, que en su paso por esta vida dejaron conmovedoras obras de promoción humana y de amor, muchas veces junto a los pueblos indígenas o acompañando a los propios movimientos populares incluso hasta el martirio.*

La Iglesia, sus hijos e hijas, son una parte de la identidad de los pueblos en Latinoamérica. Identidad que tanto aquí como en otros países algunos poderes se empeñan en borrar, tal vez porque nuestra fe es revolucionaria, porque nuestra fe desafía la tiranía del ídolo dinero. Hoy vemos con espanto cómo en Medio Oriente y otros lugares del mundo se persigue, se tortura, se asesina a muchos hermanos nuestros por su fe

en Jesús. Eso también debemos denunciarlo: dentro de esta tercera guerra mundial en cuotas que estamos viviendo, hay una especie de *-fuerzo la palabra-* genocidio en marcha que debe cesar.

A los hermanos y hermanas del movimiento indígena latinoamericano, déjenme transmitirle mi más hondo cariño y felicitarlos por buscar la conjunción de sus pueblos y culturas, eso que yo llamo poliedro, una forma de convivencia donde las partes conservan su identidad construyendo juntas la pluralidad que no atenta, sino que fortalece la unidad. Su búsqueda de esa interculturalidad que combina la reafirmación de los derechos de los pueblos originarios con el respeto a la integridad territorial de los Estados nos enriquece y nos fortalece a todos.

3.3. Y la tercera tarea, tal vez la más importante que debemos asumir hoy, es defender la Madre Tierra.

La casa común de todos nosotros está siendo saqueada, devastada, vejada impunemente. La cobardía en su defensa es un pecado grave. Vemos con decepción creciente como se suceden una tras otras cumbres internacionales sin ningún resultado importante. Existe un claro, definitivo e impostergable imperativo ético de actuar que no se está cumpliendo. No se puede permitir que ciertos intereses –que son globales, pero no universales– se impongan, sometan a los Estados y organismos internacionales, y continúen destruyendo la creación.

Los Pueblos y sus movimientos están llamados a clamar, a movilizarse, a exigir –pacífica pero tenazmente– la adopción urgente de medidas apropiadas. Yo les pido, en nombre de Dios, que defiendan a la Madre Tierra. Sobre éste tema me he expresado debidamente en la Carta Encíclica *Laudato si'* que

Diaconía como Culto Divino

creo que les será dada al finalizar. Tengo dos páginas y media en esta cita, pero (como resumen basta (verificar y falta)

Para finalizar, quisiera decirles nuevamente: el futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las élites. Está fundamentalmente en manos de los Pueblos; en su capacidad de organizar y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio. Los acompaño. Y cada uno Digamos juntos desde el corazón: ninguna familia sin vivienda, ningún campesino sin tierra, ningún trabajador sin derechos, ningún pueblo sin soberanía, ninguna persona sin dignidad, ningún niño sin infancia, ningún joven sin posibilidades, ningún anciano sin una venerable vejez.

Sigan con su lucha y, por favor, cuiden mucho a la Madre Tierra. Rezo por ustedes, rezo con ustedes y quiero pedirle a nuestro Padre Dios que los acompañe y los bendiga, que los colme de su amor y los defienda en el camino dándoles abundantemente esa fuerza que nos mantiene en pie: esa fuerza es la esperanza, y *una cosa importante* la esperanza que no defrauda, gracias.

Y, por favor, les pido que recen por mí. *Y si alguno de ustedes no puede rezar, con todo respeto, les pido que me piense bien y me mande buena onda.*

Fco. VanderHoff Boersma scj

Barranca Colorada, enero 2022.

